

UNIVERSIDAD DE NAVARRA - INSTITUTO DE PERIODISMO

LA OBJETIVIDAD EN LA INFORMACIÓN PERIODÍSTICA

AUTOR: ANTONIO BURGÚES

PAMPLONA, 1970

“El costo de la vida aumentó...”
("ABC", Madrid, 18-1-1970)

“La renta per cápita aumentó...”
("Madrid", Madrid, 18-1-1970)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
1ª Parte	LA OBJETIVIDAD IMPOSIBLE..... 6
1.	Escepticismo por razones intrínsecas..... 8
1.1	Razones insuperables..... 8
1.2	Razones superables..... 9
2.	Escepticismo por razones extrínsecas..... 13
2.1	Razones insuperables..... 13
2.2	Razones superables..... 15
3.	Atributos de la información diversos de la objetividad..... 17
2ª Parte	LA OBJETIVIDAD..... 20
	Realismo e idealismo..... 20
	La verdad..... 22
	La verdad contingente..... 23
3ª Parte	LA OBJETIVIDAD POSIBLE..... 27
	Disciplina de la objetividad..... 27
	La formación del periodista..... 28
	Casuística de la objetividad..... 31
APENDICE TERMINOLÓGICO.....	33
CONCLUSION.....	35
BIBLIOGRAFÍA.....	36

INTRODUCCIÓN

John Gordon, redactor jefe del “Daily Express” declaró en cierta ocasión ante una Comisión real británica: “El hecho brutal está ahí. Cada vez que vemos un artículo en la prensa concerniente a algo que conocemos, es más a menudo inexacto que verídico”. (1). Si uno de los promotores de la “gran prensa” era capaz de hacer tal confesión, no es extraño que encontremos afirmaciones aún más graves en personas ajenas a la prensa y, sobre todo, en quienes alguna vez se han sentido víctimas de su “falta de objetividad”. Franklin D. Roosevelt decía en una carta el 26 de enero de 1939, que el porcentaje de inexactitudes, de falsas informaciones, de verdades a medias –que son peor que las mentiras-, de invenciones, etc., etc. va del 20% en los columnistas intelectuales al 60% en las informaciones de corte sensacionalista (2).

Actualmente es difícil encontrar un teórico del periodismo que no se declare más o menos escéptico ante toda declaración de principios que incluya un voto o compromiso de objetividad en la información. Y es aún más raro que alguien se atreva a desmentir lo que ya expresó Lamartine en su día: “Las opiniones matan la verdad” (3). Esta observación nos exige señalar ya, como algo previo para poder tratar el tema de la objetividad periodística, que se impone deslindar con la mayor claridad posible las informaciones estrictamente dichas, de los comentarios u opiniones. En este trabajo nos vamos a ocupar exclusivamente de la objetividad de la información. Con respecto a los comentarios, **objetividad** no suele tomarse en su sentido propio, sino como equivalente a **imparcialidad**. No es éste el tema al que dedicamos estas páginas. Examinaremos la posibilidad de reflejar en lo que pretenda ser simple información, lo acaecido en la realidad de los hechos, independientemente de la subjetividad del informador, del periodista (4).

Y en el siglo XVII, Teofrasto Renaudot que editaba aquella “Gazette” de noticias escuetas, simplemente acumuladas una tras otra, pensaba que “la historia es el relato de las cosas sucedidas; la “Gazette” es solamente el rumor que corre sobre ellas. La primera está obligada a decir siempre la verdad. La segunda hace bastante con que impida mentir” (5). Aunque aquellos tiempos no conocían aún el vértigo que posteriormente iba a envolver el mundo de la noticia, el mismo Renaudot manifestaba también que “no cedería a nadie en la búsqueda de la verdad”, pero que no podía garantizar que no se escapase alguna noticia que no mereciese “ser corregida por su padre, el Tiempo” (6).

Se impuso posteriormente aquella prensa de opinión que nació –y fue al mismo tiempo protagonista- de las revoluciones europeas y americanas, desde fines del siglo XVIII hasta muy avanzado el XIX. La objetividad informativa quedó olvidada, cuando no maquiavélicamente despreciada. Después llegó la prensa popular, el “boom” de este fenómeno social. Las masas eran más bien vistas como clientes: unos clientes que no tenían interés por las opiniones, sino por las noticias, y éstas hechas –precisamente- “interesantes”. Nacieron así las teorías –mejor diríamos: “las prácticas”- del “hecho bruto”, de “fotografiar con la palabra”, etc.

Es posible que ahora nos encontremos simplemente en la crisis de esa teoría, dorada y despótica. Antes de decidirnos por una concepción escéptica –aquella a que antes nos referíamos- pensamos que nos hace falta realizar una detenida meditación sobre el tema, precisando al máximo posible los conceptos, procurando establecer unos puntos básicos, fácilmente aceptables por todos, unos conceptos a partir de los cuales pueda adoptarse una postura sólida y consecuente.

Posiblemente no se ha pensado en las consecuencias que podría traer consigo la divulgación generalizada –con toda la carga de un “slogan”- de que “la objetividad es imposible”. Quizá dirán algunos que la evolución de las técnicas de comunicación social está ya llevando inexorablemente a convertir la prensa escrita en vehículo de comentarios y opiniones exclusivamente. Ahora bien, los argumentos en contra de la objetividad de la

FUNDACIÓN WAE G96000.1

información, se extienden por sí mismos a la televisión, ya que ha quedado muy atrás la teoría que pretendían encontrar en la fotografía un medio inflexible a las deformaciones subjetivas. Si la prensa escrita va a ir perdiendo gradualmente el carácter de vehículo informativo, se trata de un fenómeno completamente al margen de la delicada cuestión de la objetividad. Para señalar los verdaderos límites de ésta, habría que adoptar una actitud fundamental en la justificación no sólo de las ciencias de observación y de las ciencias históricas, sino de la misma capacidad del espíritu humano para captar el mundo exterior. Llegamos aquí a una cuestión de carácter metafísico. Siempre que se profundiza en cualquiera de los campos humanos, se llega en definitiva a ese orden estructural, tal como lo expresan cada vez más unánimemente los observadores más lúcidos del mundo actual (7).

Este trabajo consta de tres partes. En la primera se examinarán principalmente las principales objeciones que se han hecho en los últimos tiempos a la posibilidad de proporcionar información objetiva. En la segunda nos ocuparemos del concepto de objetividad, tal como puede desprenderse de los estudios filosóficos. Como consecuencia de las dos partes anteriores, expondremos en la tercera la peculiar disciplina que exige la necesidad de que el periodista proporcione informaciones con la máxima objetividad posible. De ahí los títulos respectivos:

1. La objetividad imposible
2. La objetividad
3. La objetividad posible.

Este parece el lugar adecuado para dar testimonio de agradecimiento a unas palabras concisas, pero que se afianzaron en mi primera idea de acometer este estudio: me refiero a las que me dirigió, como si hubiese advertido mis propósitos, el Dr. César Aguiar, Directo de BP Color (El Bien Público), periódico de Montevideo, uno de los que mejor están trabajando en el marco conmocionado de la América Latina, para informar objetivamente y para opinar imparcialmente.

NOTAS:

- (1) Vid. PINTO, Roger, La liberté d'opinion et d'information, Doma: Montchretien, París 1995, 96.
- (2) Vid, KAYSER, Jacques, Mort d'une liberté, Plon, París 1965, 180.
- (3) Vid. WEILL, Georges, El periódico, trad. Esp., UTHEA, México 1962, 279.
- (4) Tomamos la palabra información en el sentido corriente que se le atribuye en prensa, prescindiendo del sentido propio que le corresponde etimológicamente como "dar forma a algo". Algunos, como por ejemplo Fatorello, sacan tales consecuencias – como se verá más adelante- de este significado, que, de aceptarlo estrictamente, daríamos en cierto modo por prejuzgada la cuestión que nos ocupa.
- (5) Vid. WEILL, G., op.cit., 20.
- (6) En el prefacio al Recueil des Gazettes de 1631, citado por KAYSER, op. cit., 175. Renaudot añadía en ese pasaje que quizá se encontrarían personas curiosas de saber que en un determinado tiempo era tenido por verosímil un determinado error.
- (7) Así Jean Fourastié en una conferencia dictada el 16 de febrero de 1970 en la Universidad de Navarra, a propósito de las opciones –inabarcables en todas sus posibilidades- que presenta hoy la ciencia aplicada.

1ª Parte. LA OBJETIVIDAD IMPOSIBLE

Podríamos hablar, en general, de dos posturas ante la cuestión de la objetividad informativa. La primera es la que prevaleció en lo que muchos llaman la edad de oro del periódico. Es una actitud que podríamos calificar como eminentemente pragmática o **espontánea**. No encontramos en sus entusiastas representantes ninguna clara raíz que merezca un tratamiento de carácter propiamente filosófico. Sin embargo un somero examen del fenómeno autorizaría quizá a hablar de “prensa positiva”, correspondiente a la corriente cultural positivista. Es una prensa que no quiere saber nada de “filosofías”, que se ciñe al hecho, que confía espontáneamente en quien sea capaz de ver con más exactitud qué sucede, a quién, cuándo, dónde y –con un ligero vuelo hacia la interpretación- por qué. Esta corriente no escapará –no importa ahora si intencionadamente o no- a una obsesión por la “caza de la noticia”, impulsada con frecuencia por motivaciones comerciales y de competencia. El precio será muy alto. Se llegará “industria sobre la noticia”, en su sentido más propio, el de convertir la actividad periodística en una “fábrica de noticias”. Surgen las informaciones del estilo de las que en cierta ocasión parodiaba así una publicación humorística española: “Roba una pluma y se da a la fuga. La pluma estaba cargada”.

Este género de prensa **postula** la posibilidad de una prensa informativa dotada de objetividad. Se siente a resguardo de cualquier impugnación en este sentido. “Aquello” sucedió. Los datos son exactos. Se trata de un hecho “fresco”. Su valoración no interesa. El periódico es un producto efímero, tanto o más que un “hot dog”. La actualidad, la inmediatez ejercen una tiranía insoslayable. Hubo una película que quiso reflejar de modo extremo esta carrera del suceso a la redacción, y de ésta a la calle. La película titulada “Sucedió mañana”, presenta a un periodista que alcanza el máximo de sus operaciones: un diario del día siguiente.

Un reportero formado en esta escuela considerará que su tarea tiene un máximo, un “techo” de perfección. La regla es sencilla, aunque eso no signifique que sea fácil de seguir. Nada más lejos de nuestro ánimo que despreciar esta fundamental actividad periodística: la de señalar con la máxima claridad y condición lo que se ha llamado las “cinco W”. Se ha observado, a este propósito, que las preguntas “qué, quién, cuándo, dónde, por qué” (algunos añaden “cómo”) corresponden a una muy vieja descripción de los hechos humanos. Sin embargo hay una diferencia que en la práctica puede ser digna de atención, al menos por un cierto riesgo implícito. La descripción a que nos referimos distingue en los actos humanos un algo esencial (qué se hace) y unas circunstancias: quién, dónde, cuándo, cómo, con qué medios, por qué y “qué cosa”. Un ejemplo nos aclarará la cuestión. Si un policía (quién) por la noche (cuándo) en un domicilio particular (dónde) mediante escalo (con qué medios) y violentando una cerradura (cómo), roba un cenicero, lo que ha hecho sustancialmente ha sido posesionarse de algo ajeno (qué), concretamente un cenicero (qué cosa). La simplificación de la fórmula de las cinco W resume en un solo punto dos elementos. Sería interpretar tendenciosamente la fórmula, acusarla de confusión premeditada, pero sin embargo, parece todo un símbolo de lo que sucede en ciertas ocasiones. Si un periódico dice que “se hallaron en poder de X determinado número de armas”, por ejemplo, el hecho de que esta información sea facilitada públicamente, echa al vuelo las interpretaciones más osadas. Si otro dice, con otro ejemplo, que una determinada persona “sustrajo fondos” de tal o cual fuente, no podrá esperar que los lectores piensen que puede tratarse tanto de una acción justificable por necesidad o compensación, como de un hurto en el sentido propio de apoderarse de algo ajeno. La objetividad, el respeto a la verdad, exige que en los acontecimientos humanos, que constituyen la mayoría de las informaciones de prensa, se exprese claramente que pasó bajo un punto de vista adecuado, es decir humano, y no sólo material. En muchas lenguas se ha perdido la distinción latina entre el “facere” y el “agere”. El hombre “hace” (“facit”) realmente cosas que no pueden

FUNDACIÓN WAE G96000.1

considerarse estrictamente humanas, bajos los puntos de vista espiritual y ético. Abrir una puerta por ejemplo. Pero el hombre, sobre todo, “obra” (“agit”), es decir, realiza actos propiamente humanos, de los que es responsable. Y no se trata sólo de grandes acciones. Puede, volviendo al ejemplo anterior, abrir una puerta para permitir a alguien que pase: un matiz tan aparentemente insignificante tiene toda la carga de una decisión, de una finalidad, así como de una determinada actitud y estructura mental.

Prescindiendo del riesgo señalado, frente a la actitud espontánea, se encuentra otra mucho más amplia en matices, que tienen un mayor interés teórico en relación con el presente estudio. La podríamos calificar como postura **crítica** y tiene una nota dominante, aunque en grados diversos. Esta nota es la de un cierto escepticismo ante la posibilidad de proporcionar informaciones perfectamente objetivas. Esta actitud se extiende históricamente desde el mismo Renaudot hasta teóricos actuales de la información como Dovifat, Fattorello y Voyenne. Particularmente en estos últimos, como bien se puede suponer, se encuentra un enjuiciamiento contundente

–y negativo– de la postura espontánea antes expuesta. Sus razones se apoyan en una sensatez difícilmente rebatible, pero acuden más o menos conscientemente a fundamentaciones que llevan implícita una predisposición de nivel filosófico.

Antes de llegar al examen de tales implicancias o predisposiciones, nos parece que es necesario intentar el esbozo de un esquema, que nos permita apreciar las distintas opiniones en una gama lo bastante completa. Los capítulos más importantes de este esquema pueden situarse, en relación con la nota de escepticismo antes anunciada, en los siguientes términos:

1. Escepticismo por razones intrínsecas al hecho informativo, pudiéndose calificar aquél de:
Insuperable, o
Superable;
2. Escepticismo por razones extrínsecas, presentadas también en dos tonos distintos:
Insuperable;
Superable;
3. Teorías que buscan una justificación de la tarea informativa en algún valor de por sí ajeno a la objetividad.

1. Escepticismo por razones intrínsecas

Con esta expresión queremos hacer referencia a quienes, en un grado u otro estiman que las facultades cognoscitivas del hombre no se encuentran adecuadamente dotadas para captar una realidad ajena a sí mismas –un **objeto**–, sin que inevitablemente procedan a una deformación **subjetiva** de dicha realidad u objeto.

Si bien no hemos encontrado ninguna doctrina que busque apoyarse con todas sus consecuencias en alguna corriente filosófica, idealista o de otro género, es sintomático que Roger CLAUSSE haya escrito: “Nous savons depuis Kant que nous sommes incapables de connaître le monde en soi...” No podemos exigir en justicia a este autor –lo mismo que a otros de tendencia similar– una revisión crítica de los postulados y conclusiones filosóficas kantianos, ni tampoco una cuidadosa revisión de la legitimidad de la aplicación de tales afirmaciones al proceso informativo. Sin embargo nos parece que está fundamentado el haber calificado esta postura mental como sintomática. Nos encontramos, por lo general, entre hombres competentes en materias sociológicas, de aguda penetración psicológica y de vasta experiencia periodística. Sin embargo, han invadido –a nuestro entender, sin darse mucha cuenta– un terreno que escapa a sus especialidades. En vano buscarán –y sírvales de descargo– un apartado dedicado a los fenómenos de comunicación social en los tratados filosóficos de común acceso. Han recibido –seguimos hablando en general– ciertas nociones epistemológicas en centros y textos afectados por las corrientes filosóficas que han triunfado –salvo excepciones– durante tres o más generaciones en el ámbito de la llamada cultura occidental.

El mismo CLAUSSE es un ejemplo típico de ese fenómeno. Después de su “nous savons...” afirma, sin ningún escrúpulo de inconsecuencia, que la objetividad es posible “avec des connaissances de base, une méthode et de la conscience”. Y no nos aclara mucho más cuando añade que la objetividad existe: “est objectif ce qui est dans l’objet” (2). Para él, si no fuera así, todo lo que se apoya en la observación serían monstruosidades.

Si nos hemos detenido en las alegaciones de este autor –representativo entre otros varios– ha sido para dejar evidencia de que debe aceptarse la conveniencia de aceptar que la cuestión ha de ser afrontada de un modo más pleno en el terreno que propiamente le corresponde, es decir, la metafísica, ya que consideramos los problemas “críticos” (epistemológicos) como una parte, si bien introductoria, del núcleo de los estudios filosóficos en cualquiera de las etapas de desenvolvimiento del pensar humano (3).

Escepticismo por razones intrínsecas insuperables.

Después de lo dicho, parecería que los representantes de ese escepticismo extremo formarían un grupo numeroso. Sin embargo, no es así. Y se comprende. Tal como decíamos más arriba, quienes han prestado su atención a estas disquisiciones, son por lo general hombres que han ejercido directamente tareas informativas, con lo que sólo hasta cierto punto pueden estar afectados por un escepticismo que anularía el sentido de su actividad profesional y de su misma visión del mundo y de la vida. A esto se añade, por otra parte, que los pensadores que, conforme a su estructura mental de tipo idealista, podrían haber tomado un partido radical frente al problema, parece que no han querido interesarse expresamente por el mismo. VOYENNE (4), por ejemplo, al referirse a posturas de este género no cita a nadie, ni expone aseveraciones que revistan suficiente formalidad como para hacerlas objeto de una crítica medianamente rigurosa. En este trabajo se recogen “tesis” como las siguientes:

- “Un diario objetivo: ¡que calamidad! Sólo daría noticias de duda”;
- “Es preciso tratar a los hombres con las mentiras que gustan”.

No parece tampoco que la escuela de PATTORELLO, tal como la interpreta M. ALBERTOS en uno de sus trabajos (5), puede caer bajo el presente epígrafe. Ya examinaremos algunos aspectos de dicha escuela. Por el momento sería suficiente contrastar el trabajo del Profesor ALBERTOS a que nos hemos referido, con el que publicó en la misma revista, cinco números después (6).

Escepticismo por razones intrínsecas superables

A nuestro entender deben encuadrarse bajo esta concepción la mayoría de los intérpretes modernos del hecho informativo que han acometido seriamente la crítica de la objetividad que hemos venido en llamar **espontánea**. Hemos seleccionado varios de estos autores, por considerar que cada uno de ellos aporta una visión original a la cuestión.

- a) Emil DOVIMAT, en su obra **Periodismo**, que para tantos constituye un manual de carácter básico para formación de periodistas, recoge afirmaciones como la de Kurth-Hollmann según la cual la noticia es en todos los casos una comunicación dirigida y controlada (7). Su adhesión a esta postura no le impide añadir que algunas noticias no están expuestas a influencia subjetiva alguna. Con gran criterio práctico, para soslayar la incertidumbre que podrían engendrar estos razonamientos, pasa a sostener que un periódico responsable informará **lo mejor que pueda**, y que el periódico puede no ser **objetivamente verdadero**, pero sí **subjetivamente verosímil**. Un periódico imaginable puramente objetivo, o no lo leería nadie, o se derrumbaría al primer error de cálculo. Y aún llega más allá al afirmar que quien tenga tal pretensión nunca llegará a ajustarse a la **autenticidad subjetiva**.
- b) Joaquín KAYSER se acerca más al fondo de la cuestión cuando hace ver que el narrador no es un “robot” y que su sensibilidad afecta e inspira su vocabulario (8). Recoge las palabras de Salvador Madariaga en una asamblea del “Institut International de la France” en 1952: “No se pueden obtener los hechos sin reflexión y no hay nada en los hechos salvo lo que de ellos se piensa” Y añade, por su parte el autor francés, que al sacar un hecho de su “cadre”, no puede dejar de hacerse artificialmente. Sin embargo, matiza el carácter absoluto de tales proposiciones en dos sentidos. En primer lugar muestra su confianza en una información tanto más verídica cuanto mejor acompañada de todas sus concomitancias. En segundo lugar hace ver que entre los hechos mismos y la simple opinión (entre los **facts** y el **comment**) debe colocarse la **interpretación** de los hechos, es decir la búsqueda de su **sentido profundo**.

La interpretación, según esto, no implicaría necesariamente pérdida de objetividad, sino, por el contrario, una mejor presentación de los hechos dirigida a facilitar al lector la formación de su propia opinión. Esa técnica –llamémosla así- tiene también sus riesgos, pero se presta menos a abusar del lector poco cauto. Las referencias a diversas circunstancias, a antecedentes y a conjeturables previsiones, estimula el sentido crítico del lector con más valentía y honradez que lo que tan expresivamente calificó C.P. Scout como “sacred facts”. Bajo capa de objetividad es fácil mezclar inextricablemente el hecho y el comentario.

Concluye KAYSER que la verdad que se pretende servir con objetividad es frágil, por lo que requiere muchos cuidados. La verdad –sigue diciendo- no ha sido jamás tan brutalmente tratada como desde que los hombres han inventado los medios de comunicación de masas para servirla, y el culto de la objetividad para traicionarla (9).

- c) El profesor FATTORELLO ha construido una teoría de la información muy completa y que está difundiendo ampliamente su influjo. Para él, lo que se da es un **proceso** en el que el promotor del mismo busca la adhesión de la opinión de un receptor. De ahí que, con buena lógica, deduzca que la distinción entre la información y opinión sea falaz y engañosa (10). Para sostener su postura se apoya, a nuestro entender, en dos puntos. En primer lugar el mismo concepto “informar” habla de “dar forma” a algo, es decir que la fuente informativa **codifica** –el término lo toma de SCHRAMM– el mensaje, lo cual implica una impronta subjetiva.

En segundo lugar, toma partido por ciertas teorías psicológicas para las cuales la percepción es una construcción afectiva. Recoge de Abraham Moles la distinción en el mundo externo entre un aspecto material y un aspecto comunicable; sólo el aspecto material (“incomunicable”) queda a salvo de la función perceptora del hombre.

Sin la mediación de una opinión subjetiva, por tanto, ni siquiera es posible que se desate el proceso informativo. El promotor –sigue diciendo FATTORELLO (11)– manifiesta una representación, pero no una representación de aquello sobre lo cual el sujeto informa, sino de las imágenes de la conciencia que el hombre construye sobre todo lo que le es externo. Esta segunda representación deriva de la primera sobre la base del proceso de opinión y nace configurada de modo tal que provoque la adhesión de opinión del receptor.

Ya se ve por lo dicho que para el profesor romano no se puede hablar de objetividad, sino que el fenómeno social de la información está en la interpretación del todo subjetiva del promotor y del receptor. “En esta subjetividad está todo el valor de la información” (12). El hecho es sólo el motivo de la relación informativa, mas en ésta entra la forma que viene dada al acontecimiento, y dicha forma es siempre subjetiva.

Frente a estas afirmaciones, se nos ocurren por el momento algunas dificultades. La primera es si FATTORELLO entiende objetividad como tal estrictamente, o bien como “neutralidad”, ya que en la página últimamente citada afirma precisamente que aún en el caso que **fuese posible la neutralidad** del informador, el receptor siempre opina. En segundo lugar, a él le interesa en definitiva el proceso informativo en su conjunto, como fenómeno social, con lo que no aísla siempre delimitadamente la actuación del informador.

Digamos más: si el promotor manifiesta una representación de las imágenes de su conciencia, no se ve del todo demostrado que por el hecho de multiplicarse las fases de transmisión del acontecimiento éste resulte esencialmente desfigurado. Nos parece que en la base de su “subjetivismo” pesa excesivamente la concepción psicológica adoptada, que si bien tiene sus aciertos innegables, no se puede considerar como definitiva. Por otro lado sería de desear que diese una explicación de porqué es posible distinguir una información de reportero, de un artículo de los llamados editoriales, por ejemplo. Estas objeciones no pretenden minar la concepción entera de FATTORELLO acerca del proceso informativo. En su conjunto resulta válida. Estamos convencidos de que no se da ningún fenómeno periodístico que no envuelva una búsqueda de adhesión a una opinión, llámese línea editorial o de otro modo. Sin embargo, nos parece que tampoco los seguidores de esta escuela puedan ser considerados partidarios de la imposibilidad insuperable de percibir un hecho sin deformarlo necesariamente.

- d) José Luís Martínez ALBERTOS ha tratado el tema en los dos trabajos citados anteriormente. En el primero de ellos adopta la postura radical, bien reflejada al calificar la objetividad informativa de “mítica” (13). Parte de la teoría de Fattorello acerca del proceso informativo. Si en este se busca la adhesión de la opinión del término receptor, la interpretación –aquí no hay sutilezas entre ésta y los puros

comentarios- está en su misma base. La objetividad es un tópico. La información nunca es exacta y objetiva, “como se decía antes”: es subjetiva. Vive únicamente por esta condición. Si fuera objetiva, ya no sería información, sino otra cosa que no tendría al hombre engendrador y receptor.

En este punto ALBERTOS hace una leve referencia a la cuestión filosófica, sosteniendo precisamente que esto no debe tomarse filosóficamente sino “polémicamente”, frente a los defensores de la asepsia e imparcialidad rigurosas. La perspectiva de éstos es parcial, ya que reducen lo humano a lo positivo, a lo fáctico. ALBERTOS no pretende ser kantiano ni existencialista, sino que quiere moverse en el terreno de los estudios sociológicos, es decir en el mismo terreno de la vulgarización nacida del positivismo para desautorizar a éste.

En su otro trabajo –posterior en pocos meses-, al interesarse por la libertad de los receptores de información, trata de la objetividad con menos suspicacia y se limita a insistir en la necesidad de separar claramente los hechos de los comentarios. El enemigo del derecho a la información no radica en la interpretación, sino en las interpretaciones fragmentarias, etc. (14). Salta, por último, a la vista que en el primer trabajo se interesa más por la imparcialidad que por la acepción propia de objetividad.

- e) Ya conocemos parte del pensamiento de CLAUSSE, pero no hemos hecho referencia a una aportación de indudable interés. Así consideramos la distinción entre el *fait* (hecho) y el *événement d'information* (acontecimiento informativo). Este último consiste en un hecho de actualidad significativo, en el sentido de que influya en la vida personal y colectiva de los hombres, comprometiendo a éstos en el flujo de la historia. El paso del *fait* al *événement* se consigue dando el contorno completo del primero y analizando su contenido, sus antecedentes y sus repercusiones. Ahí radicaría la objetividad informativa (15).

CLAUSSE hace referencia también a un concepto, el de testimonio, que ha sido objeto de numerosos estudios en los más diversos campos. Dentro del que a nosotros nos interesa destaca con fuerza particular lo que ha expuesto A. GIULLIANI (16). Éste con una interesante lógica interna –aunque por ello, no fácilmente captable a primera vista-, sostiene que negar la posibilidad de la objetividad significa que se admite la existencia de la verdad absoluta, y que, en cambio, afirmar aquella posibilidad significa que se sostiene la existencia de una *verdad probable* y la posibilidad de un juicio imparcial (17).

GIULLIANI proclama su adhesión a lo que Bobbio llama *concepción pluralista de la verdad*, y presenta el testimonio como uno de los fundamentos del juicio de probabilidad. La *verdad probable* no sería algo objetivo y externo, sino una creación humana en una situación *dialogal*. La información periodística sería, en resumidas cuentas, un testimonio, y el periodista debería contentarse con aquella objetividad propia del limitado mundo humano.

- f) Bernard VOYENNE merece un apartado especial en esta exposición de críticas a una objetividad extrema que pretendiese tratar las noticias como cosas independientes de los hombres que las manejan. “Las noticias son... el producto de un juicio” (18). En un estudio denso y completo centrado exclusivamente sobre el tema *la objetividad en la información* (19), se pregunta de modo abierto que es la objetividad. Su respuesta está en la línea que hemos juzgado anteriormente representada de modo típico por Clausse. La objetividad –para VOYENNE- es un *acto de la inteligencia* por medio del cual construimos en el mundo exterior objetos delimitados, estables, que tienen una existencia independiente de la nuestra. ¿Es esto idealismo? ¿o es la expresión formalizada de observaciones procedentes de los problemas informativos?. Por lo que veremos a continuación, parece más coherente adherirse a la segunda posibilidad, pero sin excluir el influjo –inconsciente hasta

FUNDACIÓN WAE G96000.1

cierto grado- de las corrientes idealistas que impregnan la cultura básica de muchas mentes europeas, que no han tenido oportunidad de enfrentarse críticamente con aquéllas.

Ésta es quizá la única explicación al salto, sin ilusión patente, entre la definición de objetividad y el razonamiento que lleva inmediatamente a VOYENNE a defender que, por la experiencia y la reflexión, “separamos nuestra apreciación de la existencia de esta o aquella propiedad que....existe, independientemente de nuestra apreciación”. Esto “es –exactamente- lo contrario de la subjetividad”. Esta conciliación se reitera a lo largo del trabajo en cuestión, sobre todo en su primera parte, mas siempre se termina en lo mismo: la objetividad es difícil, pero posible. Se deplora lo contrario – dice- y “no se deplora lo ineluctable”. Y en definitiva, VOYENNE se interesa por el hacer del periodista. Rechaza toda posición extrema y se muestra partidario de una actitud hecha de matices, que recomienda el discernimiento, la honestidad y la independencia. “El periodismo es **también** un arte” (20).

Si hemos considerado todas estas posturas con el denominador común –más o menos explícito- de admitir la posibilidad de superar las deformaciones subjetivas inherentes al hecho informativo, tiene interés innegable la exposición de las recomendaciones que hacen los diversos autores para obtener el máximo posible de objetividad informativa. Adelantándonos a lo que veremos más extensamente en la tercera parte, puede ser más oportuno hacer ahora una somera referencia a algunos conceptos más significativos.

Ya hemos visto lo que lleva consigo el concepto de interpretación de KAYSER, y no resulta difícil encontrar una cierta similitud entre esa función y la de exponer lo que KLAUSSE concibe como **acontecimiento informativo**. Tampoco anda lejos de esos conceptos la actividad testimonial a lo que se refiere este último y GIULIANI, si bien este sería el punto por el que más fácilmente se llegaría a la indulgencia con una pura instrumentalización de la noticia y de la misma verdad. Depende de cómo se entienda y aplique la tarea –asignada al periodista- de comprometer, mediante sus informaciones, a los hombres en el flujo de la historia.

Todo esto, aun siendo positivo –y quizá por serlo- resulta poco concreto. Las simples recomendaciones, aunque suelen revestir un tono más bien negativo, suelen ser también más concretas y podríamos encuadrarlas bajo la idea de la prudencia propia del periodista informador, en el sentido vulgar de prudencia, que ve sólo la vertiente negativa de esta virtud. Todas esas recomendaciones vo bien derivan hacia la lucha contra los enemigos extrínsecos de la objetividad, o bien hacia otros fines de la tarea informativa, diversos de aquélla. A ambas cuestiones destinaremos algunas de las páginas siguientes.

2. Escepticismo por razones extrínsecas al hecho informativo.

Al reseñar las opiniones anteriores, hemos tenido que realizar una continua labor de filtro, porque en las críticas a la objetividad, siempre ocupan el más amplio espacio razones ajenas a la capacidad radical de nuestras facultades mentales naturales, en orden a servir fielmente al ansia humana de conocer la realidad cambiante –histórica– tan bien como lo estable y previsible. Todas aquellas razones las encuadramos con el calificativo de extrínsecas, aun en el caso de que alguno las pudiese considerar insuperables. Parece claro que tal imposibilidad de comunicar noticias enteramente objetivas, se basa en razones de experiencia más que en tesis o postulados epistemológicos. Si la corriente de carácter “intrínseco” está vinculada a posiciones idealistas, es lícito generalizar diciendo que las dificultades de origen extrínseco al fenómeno informativo en sí, derivarían de un cierto empirismo, bastante legítimo como tendremos oportunidad de comprobar.

2.1 Escepticismo por razones extrínsecas insuperables.

El mismo carácter extrínseco de las razones que tienen aquí su lugar adecuado, hace que el escepticismo que de ellas se deriva casi nunca presente un tono radical. Son por otra parte, razones relativamente fáciles de captar para cualquier lector que ponga una cierta atención crítica al proceso que en el desemboca.

Sin pretender una numeración exhaustiva, pero sin temor a descuidar ningún aspecto capital, podríamos hacer referencia a los siguientes puntos:

- a) Nadie negará que la actualidad es una propiedad esencial de la noticia. Todos aceptamos por otra parte, que no se puede escribir verdadera historia mientras no haya transcurrido un lapso suficientemente largo desde que se desarrollaron los hechos. Sin embargo el periodismo informativo no es historia, se distingue de ella esencialmente. La **proximidad de los hechos** que se comunican es una fuente de errores de perspectiva que nunca podrá cegarse totalmente. El periodista lo tiene que saber y no puede, por tanto, precipitarse en afirmaciones tajantes y definitivas. El uso del condicional –que se usa bastante en Latinoamérica–, aunque suene quizá mal en nuestros oídos, podrá ser muchas veces una exigencia del respeto a la verdad y al lector.
- b) **Selección** (21). Nadie puede negar que ésta es también inevitable, al menos en ciertos límites. Es utópico pretender decirlo todo acerca de todo. El más ambicioso informador se contentará con hacer suyo el lema del “New York Times”: “**All the news that’s fit to print**”; “Todo lo que merece ser impreso”. Ahora bien, ¿Dónde se halla el criterio seguro para elegir lo que merece ser impreso, o cuando menos, la información que lo merece más que otra?.

Los criterios de selección son variadísimos, según el medio informativo de que se trate, el órgano concreto, los lectores, las circunstancias de tiempo, el redactor mismo, etc. etc. Y no dudamos en añadir circunstancias tan materiales como puede ser la del número de páginas disponibles.

- c) Dentro del mismo amplio capítulo se puede considerar aparte por lo delicado del tema, toda consideración de tipo moral. ANASAGASTI ha tratado ampliamente la cuestión, sosteniendo que debe callarse la verdad ante un imperativo superior, por el mal que puede emanar su divulgación (22). El gran problema reside en la cualidad y los límites de tales imperativos. El Papa Pablo VI se ha referido a: 1) al derecho a la buena reputación; 2) el secreto legítimo de la vida privada; y 3) el respeto del bien común. La misma legislación civil en países y épocas muy diversos, han partido de

FUNDACIÓN WAE G96000.1

criterios como: la seguridad del Estado, el orden público, la moral cívica –¡tan indefinible!-, la protección de los derechos ajenos, la independencia del poder judicial, y otros equivalentes o derivados. Algunos autores, como ORTEGO (23), han llegado a proponer una orientación que a muchos les podrá parecer “paternalista”: se debe elegir lo que al lector le conviene saber, o le debe interesar. En el XII Congreso del I.I.P. (Estocolmo, 1963) se acordó que “existen casos específicos en los que compete al periodista responsable y consciente de su misión ante la sociedad, pronunciarse sobre la oportunidad de dar estado público a determinadas informaciones que pueden lesionar, en grados variables, los superiores intereses nacionales de cada país” (24).

Para no abordar de lleno un tema tan amplio basta observar aquí que hoy casi nadie sostiene fundadamente que no existan límites de carácter moral. Quienes niegan la moral misma, aceptan razonar políticas o de otro cariz, o sustituyen la moral propiamente dicha por el positivismo ético de “los límites señalados por la Ley”.

- d) También le corresponde un lugar en esta enumeración al mínimo de interpretación personal que debe admitirse por muy partidario que se sea de la objetividad informativa. Una de las definiciones más aceptadas de noticia es la perteneciente a DOVIFAT: “un hecho anteriormente desconocido que se comunica a grandes masas después de ser interpretado y valorado” (25). Aun sin ir tan lejos, se debe aceptar que la mera estructuración de una noticia periodística –aunque sea meteorológica– implica una impronta humana. Si a esto no se le quiere llamar interpretación, se trataría ya de otro problema. Sea cual sea el partido que se tome, siempre habrá buenas razones para sostener y para admitir que de informar a opinar hay un buen trecho.
- e) Tampoco sería sensato negar que la redacción de una noticia denota siempre en cierto grado el **interés** personal y consciente del periodista o, si se prefiere, lo que éste considera que interesa al lector. Queda a salvo la integridad objetiva si se acepta que el periodista, como “técnico”, juega sobre el interés de la noticia, entendiendo como tal “lo que tiene aptitud para satisfacer los apetitos racionales” del lector (26).

Este aspecto puede verse como complementario del anterior. El reportero valora, interpreta, y sin embargo no debe **comentar**, no debe dar su opinión. Si lo hace, tiene que advertirlo claramente. La valoración irá, por tanto, dirigida únicamente al interés de la noticia para el lector (27).

- f) Por último, es claramente inevitable conceder a cada información un emplazamiento determinado, así como cierta extensión. Estas circunstancias no son despreciables, pues influye enormemente en la valoración de la noticia. La “Gazette” de Renaudot y el “Neue Zürcher Zeitung” no pueden evitar colocar una noticia en la primera u otra página, arriba o abajo, de entrada o de salida; y no se puede poner en un platillo de una balanza la importancia de una información, y en el otro el plomo que se le debe destinar (28).

Se debe añadir que los titulares y otros determinantes tipográficos y de composición son también exponentes del interés del órgano periodístico, y determinantes del interés del receptor (29). Cuántas veces una información requiere relieve simplemente porque el archivo fotográfico del periódico estaba provisto de elementos oportunos. Piénsese luego en la influyente tarea de los confeccionadores, etc.

2.2 Escepticismo por razones extrínsecas superables.

Siempre en relación con los enemigos de la objetividad, extrínsecos al hecho informativo en sí, la experiencia ha proporcionado otro amplio capítulo originado en las intenciones y sentimientos del agente humano que capta y transmite la materia de una información.

- a) La falta de veracidad conciente y buscada es –no cabe duda- lo más opuesto a la objetividad informativa. Siempre se ha considerado que este proceder es contrario no sólo a la ética, sino a la misma naturaleza del periodismo. Nunca han faltado las mentiras y deformaciones –justo es reconocerlo-, pero hemos de conceder que los seguidores de la fe ciega en la exactitud informativa, nunca han intentado justificarlas. Sin embargo, actualmente quizá ya no puedan hablarse así. En épocas pasadas se mentía en la prensa por razones de Estado, o por motivos económicos o –incluso, a veces- morales y espirituales. Pero no había ninguna doctrina que pretendiera justificar “científicamente” tal forma de actuar. Ahora, en cambio, se han difundido doctrinas, casi siempre cargadas de sentimiento humanitario, que sostienen la indiferencia de entidades –aun las más encumbradas como la verdad- con tal de que se persiga un fin considerado absolutamente como bueno. La dictadura del proletariado puede ser un buen ejemplo de esta clase de fines. Ciertas versiones del “compromiso” social o totalizante (social, político, económico y cultural) bordean también esa moral sui generis (29). Si muchas veces el fenómeno no se presenta con tanta crudeza, es por pura razón de táctica, ya que la falsedad descubierta desprestigia ante la mayoría, que no es capaz de mantenerse por mucho tiempo alucinada por el fanatismo.
- b) En un polo opuesto, es decir, al margen de toda motivación de carácter ideológico, es perfectamente superable –en teoría al menos- la incorrección e inexactitud en la información que se originan en la simple incompetencia o en el descuido, así como la deficiencia de los medios informativos. KAYSER señala, por ejemplo, la repercusión del precio de las tarifas de transmisión, que induce a abreviar en detrimento de la integridad (30).
- c) El sensacionalismo en su acepción peyorativa es otra posible fuente no despreciable de atentados a la objetividad. ANASAGASTI (31), Roger PINTO (32) y otros muchos, que sería superfluo citar, han tratado con justa dureza esta deformación de la noble actividad informativa.

Hay que escapar, sin embargo, de una simplificación excesiva, que califique de sensacionalismo, como algo peyorativo, lo que no es más que una técnica tan digna de respeto como cualquier otra. Y no sólo digna de respeto, sino incluso recomendable bajo todos los puntos de vista. En este sentido son dignos de reseñar algunos párrafos de un trabajo aparecido en la revista “Nuestro Tiempo” en 1963, bajo un título “sensacionalista”, y por tanto redundante: ***Sí al sensacionalismo*** (33). El autor se enfrenta con ciertos moralismos estrechos y maniqueos y muestra con ecuanimidad que “la prensa debe atraer, ayudar al lector, en su búsqueda, para que elija la mejor prensa”. Los titulares llamativos, las portadas atrayentes y demás recursos del ingenio y de la técnica no deben verse siempre como un abuso de la palabra y de la imagen, sino como una exigencia del mismo quehacer periodístico, que –recordémoslo nuevamente- es también un arte. El periodista hará bien en resaltar el interés humano de las informaciones más serias, y no tendrá por qué ocultar el que lleven consigo las más sensacionales”. Este planteamiento será origen de un problema más que añadir a los muchos que acarrearán el deseo de ser objetivo, pero ni la ética ni la prudencia son equivalentes de la comodidad, ni mucho menos de la postura farisaica de quien señala con el dedo acusador a quienes corren los

riesgos inherentes al manejo de materiales tan delicados como son los hechos dotados de interés y actualidad.

- d) Tiene un carácter más general y profundo la influencia de lo pasional o sentimental. VOYENNE lo retrata bien al referirse al “hombre primitivo”, que se guía por lo que **le parece**, sin mayor preocupación por lo que **es** (34). Hace ver –quizá generaliza en demasía- que un periódico no es una obra científica, sino una **acción**, determinada por temperamentos e influenciada por un ambiente, que no puede, como consecuencia, librarse enteramente de una subjetividad al menos colectiva (35).

En un mismo orden, condicionan a redactores y editores su misma educación y formación –aun la literaria- (36), el ambiente que les rodea (37), y ¡la misma opinión pública!, ya que no se dividen los hombres en creadores y receptores de información y opinión, sino que todos somos receptores. Y los periodistas más que ningún otro (38).

Sobre todo esto se ha escrito mucho, tanto que a alguno le podría parecer que todos los periodistas están ahogados por condicionantes de esta clase. Pero el hombre, sobretodo el que tiene cierta preparación intelectual acompañada de la suficiente honestidad, es perfectamente capaz de conocer sus tendencias, de advertir sus inclinaciones pasionales y de reexaminar sus actuaciones para rectificar, siempre que advierta que la afectividad le ha llevado a precipitarse en sus juicios y le ha impedido enfrentarse con los hechos con la suficiente sangre fría.

- e) Otro factor merece consideración destacada, porque, si bien es de carácter material, se encuentra siempre presente en la labor de la prensa, en todas sus fases: se trata del tiempo, que ya Renaudot trataba con respeto propio de periodista escribiendo la palabra con mayúscula. El tiempo condiciona, porque la noticia debe ser actual hasta tal punto que unos minutos pueden anular un gran esfuerzo, y se escribe, se confecciona, etc. –es decir, ¡se interpreta!- siempre con prisa (39).

KAYSER, en el trabajo que citamos, recoge la ingeniosa observación de Lester Markel acerca de las tres enfermedades “T” del periodista: la “tabloiditis”, la trivialidad y la “tensionitis”. La manía de la rapidez impide a menudo que las agencias de información se dediquen a un buen trabajo de investigación y de presentación de los relatos. En la carrera de la rapidez, hay un vencido: la verdad.

Aunque teóricamente esta dificultad es superable, hay que reconocer que muchas veces –cuando llega una gran noticia, por ejemplo- no se puede hacer un examen crítico, ni todos los sondeos oportunos. No hay más remedio que dejar para otra ocasión próxima las aclaraciones pertinentes.

Parece que la única excepción es la de la Agencia telegráfica suiza que tiene como regla que es mejor ser el segundo en publicar una noticia verdadera, que el primero en dar una noticia falsa. Por suerte o por desgracia el mundo no es Suiza. ¿Qué cabe entonces?, lo de siempre: una prudencia activa, y la honradez de rectificar cuanto antes y con toda la claridad posible. Sólo cuando se prevé un grave daño a terceros o al bien común habrá que negarle a la información el lugar y el relieve que le correspondería, e, incluso en algún caso, habrá quizá que llegar al silencio sobre el acontecimiento, con tal que de ése no se sigan mayores males, eventualidad de la que la historia de numerosos ejemplos y de la que es de esperar que hayan aprendido la lección muchos predicadores de letra impresa y de espíritu estrecho.

- f) Además del tiempo, la otra dimensión de los hechos sensibles –**el espacio**- condiciona muchas veces, sin anularlas totalmente, las dimensiones de la objetividad. La limitación de espacio no es sólo una exigencia de la economía empresarial, sino también una exigencia justificada del lector, que pide brevedad sin desmedro de la claridad (40).

2. Atributos de la información diversos de la objetividad

Es natural que quienes estiman el alto valor de la prensa, pero critican el fanatismo de la objetividad, hayan encontrado y sostenido otros valores de la actividad periodística. Según la entidad de tales valores, se puede deducir fácilmente hasta que grado consideran la posibilidad y la importancia de ser objetivo en la tarea informativa.

- a) Aunque pocos rechazan la trilogía clásica: informar, formar y entretener, algunos conceden el segundo de esos fines una preponderancia incluso sobre el primero. Sin llegar a la deformación que pretende justificar la falsedad con fines moralistas (i) o humanitario-políticos (ver 2.2. a), algunos sostienen –hoy son muchos y su influjo es creciente– que la función periodística consiste en ser orientadora, en formar la opinión pública, en ayudar a “comprender mejor” (41).

Se observa asimismo, en un orden semejante, que un concepto relativamente moderno –el de **valor**– es socorrido con frecuencia por quienes ven así el periodismo, con la ventaja de poder hablar de una “jerarquía **objetiva** de valores” (42).

De por sí estas corrientes no se oponen a la objetividad en ninguno de sus sentidos. Dependerá de cada caso al que se conjuguen los dos aspectos con mayor o menor equilibrio.

- b) Recordando una cuestión a la que ya hemos aludido, y a la que volvemos a referirnos, hay que hacer mención de la identificación que se da en muchas mentes entre objetividad y neutralidad (43) o imparcialidad (44). A lo largo de nuestro estudio podrá verse que ahí existe un equívoco, y que éste muchas veces tiene su origen en la repetición avasalladora de un lamentable fenómeno: el de apartarse de la verdad, cuando ésta es contraria a los intereses propios, sean personales o colectivos.
- c) Pero el gran sucedáneo de la objetividad es, hoy día, la honestidad, que para algunos no es más que sinceridad, aunque para otros se define mejor como autenticidad, una de las grandes enseñanzas de nuestro tiempo. De honestidad nos hablan –son sólo ejemplos para no extendernos excesivamente– ALBERTOS (45), DOVIFAT (46) Y Roland RUFFIEUX (47). PINTO y, sobretudo, Domenico de GREGORIO (48) hablan de algo semejante, cuando sitúan la objetividad en la posición de una meta inalcanzable en la práctica, pero a la que hay que tender continuamente con valentía y perseverancia, con honestidad.

Es honesto quien pone todos los medios para informarse bien; quien procura oír todas las campanas; quien, después, no se calla nada de lo que ha percibido; quien rectifica cuando y como debe hacerse; quien no tergiversa lo que se opone a sus opiniones y conveniencias. Innegablemente esta solución al problema es simple y clara (49). Aunque se defienda la objetividad informativa, si ésta tiene tantos inconvenientes y es atacada, ¿la mejor defensa de la objetividad en la práctica informativa no consistirá en que todos los que se desempeñan en ella sean realmente honestos?. Todos pueden ser honestos si se lo proponen; en cambio, con relación a la objetividad, no puede pedirse más que el esfuerzo por alcanzarla.

NOTAS:

- (1) CLAUSSE, Roger, Les Nouvelles (***synthèse critique***). Universidad Libre de Bruselas, 1963, 35.
- (2) op. cit., 37.

FUNDACIÓN WAE G96000.1

- (3) Vid., p. ej., MARCHAL, Joseph, *La point de départ de la Métaphysique*, 3ª ed , Bruselas 1944.
- (4) VOYENNE, Bernard, *La objetividad de la información*, "Nuestro Tiempo", 169-170, Pamplona 1968, 25.
- (5) MARTINEZ ALBERTOS, José Luis, *Los mitos de la prensa*, "Nuestro Tiempo", 95, Pamplona 1962, 559.
- (6) M. ALBERTOS, J.L. , *Objetividad e interpretación de la noticia*, "Nuestro Tiempo", 100, Pamplona 1962, 484 ss.
- (7) Vol. 1, trad. De Félix Blanco, UTHEA, Méjico 1960, 57 ss.
- (8) *Mort d'une liberté*, Plon, París 1965, 182 ss.
- (9) op. cit., 195; DOVIFAT (op. cit., 115) dice también que el reportero valora, interpreta.
- (10) FATTORELLO, Francesco, *Introduzione alla tecnica sociale dell'informazione*, Instituto Italiano de Publicismo, 3ª ed., Roma 1964, 17-18.
- (11) op. cit., 42.
- (12) op. cit., 51.
- (13) *Los mitos...*, 556-561.
- (14) *Objetividad....*, 489.
- (15) op. cit., 38-40.
- (16) *Stampa, comunicazione umana ed opinione pubblica*, en *La Prensa*, 1ª Semana Internacional de Prensa, Barcelona 1963, 165 ss.
- (17) Nos encontramos como tantas veces, con la dificultad de no saber claramente de qué se está hablando: objetividad, verdad, imparcialidad...
- (18) *La Prensa dans la société contemporaine*, Armand Colin, París 1962, 240.
- (19) "Nuestro tiempo", 169-170, Pamplona 1968, 21-29.
- (20) op. cit., 28.
- (21) Vid. ALBERTOS, *Los mitos...*; y KAYSER, op. cit., 193.
- (22) ANASAGASTI, Pedro de, *La verdad, objetivo primario del periodista*, tesis del Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, editada en Bilbao, Ellacurria, 1969, 72.
- (23) ORTEGO COSTALES, José, *Noticia, actualidad, información*, Pamplona 1966, 74. Vid, también página 88.
- (24) Vid. ANASAGASTI, op. cit., 108.
- (25) op. cit., 115; vid. También ALBERTOS, *Los mitos....*, 558.
- (26)) ORTEGO, op. cit., 75

FUNDACIÓN WAE G96000.1

- (27) En este punto surgen nuevos interrogantes. ¿Quién es el lector? (El que se quiere tener? ¿El que se tiene? ¿El que se tiene, tal como es, o tal como querríamos que fuera gracias a nuestro influjo?.
- (28) KAYSER, op. cit., 193.
- (29) Estas desviaciones justifican que puedan ser vistos con recelo quienes piensan de modo semejante a Clausse, Giuliani y otros (vid. 1.2 a).
- (30) op. cit., 179.
- (31) op. cit., 58.
- (32) op. cit., 97.
- (33) Nº 106, pp. 490 ss.
- (34) **La objetividad...** 21.
- (35) ibid., 27.
- (36) ANASAGASTI, op. cit., 110; vid. FERNANDEZ AREAL, Manuel, **Influencia del factor humano en la formación de la opinión pública**, en **Prensa y convivencia internacional**, 2ª semana Internacional de Prensa, Barcelona, 1964, 19; y también CLAUSSE, op. cit., 88.
- (37) ANASAGASTI, loc. cit.
- (38) Vid. VOYENNE, **La objetividad...** 24.
- (39) KAYSER, op. cit, 176.
- (40) ibid.
- (41) ANASAGASTI, op. cit., 60.
- (42) ibid., 227.
- (43) Vid. VOYENNE, **La prensa....** 185.
- (44) Viv. VOYENNE, **La objetividad...** 22; parece faltar la oportuna distinción en GÓMEZ TELLO, José Luís, **La noticia y su interpretación**, en **Prensa y convivencia...**, 27-34.
- (45) **Los mitos.....**, 560.
- (46) op. cit., 58.
- (47) **El politólogo y sus problemas de información científica: los periódicos**, en **Comunicación social e integración europea**, 5ª Semana Internacional de Ciencias Sociales, Barcelona 1968, 64.
- (48) **Metodología del giornalismo**, Roma, s/d, 30.
- (49) Y por ello, muy frecuente: la “honnêteté”.

2ª Parte. LA OBJETIVIDAD

Para adentrarnos en esta parte central del presente estudio, es conveniente considerar previamente que:

- a) Los teóricos de la información que han tratado el tema de la objetividad raramente lo han hecho a un nivel propiamente filosófico. Algunos no parecen haber advertido las repercusiones de moverse en vecindad con dicho nivel científico (Voyanne, Clausse); otros lo han eludido expresamente (Albertos) (1).
- b) Los filósofos que han creado escuela por la consistencia de sus aportaciones originales, no han tratado directamente tal aspecto, a no ser que quiera aplicarse al periodismo lo que se ha elaborado al estudiar la tarea del historiador (2).
- c) Hoy se producen abundantes estudios sobre los fenómenos de comunicación que merecen el calificativo de filosóficos. Sin embargo prácticamente desconocen la cuestión presente por varias razones, entre las que influye de modo no despreciable el desprestigio actual de conceptos absolutos como el de verdad y, en consecuencia, el de objetividad tal como aquí lo estamos considerando, al mismo tiempo, quizá, que se absolutizan otros conceptos de por sí más relativos.
- d) Se podría resolver aparentemente la cuestión con una sencilla reflexión: No se puede esperar de un periodista que se enfrente críticamente con el meollo de la actividad que da razón de su existencia, como un médico no sería capaz de discurrir sin ningún preconceito fijado acerca de la realidad y del sentido primario de su función. Pero este razonamiento explica demasiado y abundar en él sería tanto como despreciar muchas voces dignas de ser escuchadas.

Realismo e idealismo

Sentados los puntos precedentes, es claro, como ya se afirmó antes, que quien se plantee la posibilidad de que los contenidos informativos responden a realidades objetivas, está manejando cuestiones que caen con pleno derecho dentro del campo de la Filosofía. Este peculiar campo del saber humano tiene un núcleo propio, entendido comúnmente con el nombre de Metafísica. Así como otros campos filosóficos – Cosmología, Psicología, etc.- tienen zonas de contacto muy amplias con ciencias de carácter experimental, hasta el punto que algunos les niegan el carácter filosófico, la Metafísica –si no es despreciada i negada radicalmente- reviste características particulares de especulación pura. Ahora bien, a partir por lo menos de Descartes, se ha venido discutiendo la posibilidad de la Metafísica o, mejor dicho, si la especulación metafísica tiene algún entronque con realidades que la sustenten, ajenas a la mera interioridad subjetiva.

En esto radica la cuestión epistemológica (o gnoseológica), considerada acertadamente por muchos como parte, si bien introductoria, de la metafísica misma. Para el presente estudio será suficiente recoger las grandes líneas de resolución del problema, tal como ha sido intentada en distintas épocas.

Se observará que el problema está planteado con respecto a objetos del conocimiento humano que no constituyen de por sí lo más propio del quehacer de la prensa, pero no se olvide que nos hemos visto inclinados a tratar el tema al constatar que, al plantearse el problema de la objetividad, han sido muchos los que han acudido a esas perspectivas tan profundas y absolutas.

Durante siglos no se planteó propiamente dicho problema. El hombre, aun el filósofo – aquel que tiene desarrollada la capacidad de “admirar” todo lo que encuentra” (3)-, aceptaba espontáneamente lo que captaba del mundo exterior. A veces esta confianza se reforzaba con el sentido religioso e, incluso –caso de los cristianos-, con la fe; Dios no “puede” engañarnos ni permitir que todos nos engañemos siempre en las cuestiones fundamentales.

A partir sobretodo del siglo XIV –las raíces anteriores son de consideración, pero aquí no interesan- se diversifican tanto las opiniones filosóficas que en algunos espíritus cunde el escepticismo. Simultáneamente se desarrollan las ciencias matemáticas y la firmeza de sus principios provocan la admiración de los pensadores. ¡Son ideas claras y distintas!, diría Descartes en el siglo XVII. Así se explica que éste, gran matemático, se apasiona por la tarea de dotar a los estudios filosóficos de la estabilidad de los principios o –mejor dicho- de los métodos propios de las matemáticas (4).

Lo que quiso ser la definitiva cimentación de una filosofía segura y, por así decirlo, “única”, se convirtió, por el contrario, en el origen de numerosas corrientes relativistas, escépticas e idealistas. Porque inundan el pensamiento occidental de los últimos siglos. ¿Por qué? Porque lo claro y distinto cartesiano radica en el yo, en la razón de cada hombre. En vano se escribirá Yo y Razón. En este terreno, bajo ese enfoque, lo que existen son “yos” y razones individuales. Se intentó llegar –por así decir- a “mi razón universal”, pero la fórmula –una contrariedad lógica que por sí misma exige optar- se derrumbó por el punto más débil, a causa de su lejanía con respecto a cada pensante: por la universalidad. No cabe duda, desde luego: lo más claro y distinto para mí es lo que yo veo, pero no puedo transmitir a todos los demás lo que no cae bajo los sentidos y los instrumentos de medida.

Se ha dicho que durante siglos el problema filosófico casi único ha sido este, recibiendo la denominación de problema crítico, o de la Crítica del conocimiento.

Nos conviene dar un gran salto para llegar a los planteamientos llamados idealistas con otro pensador revolucionario, Kant. Ya no son las matemáticas –la geometría en concreto- lo que encandila a los espíritus profundos, sino las ciencias físico-matemáticas. Kant cree descubrir que en los principios de esas ciencias, firmes y universales, hay elementos puestos por la razón: el espacio y el tiempo. La razón, por tanto, no es fuente de escepticismo (5). Pero lo que ahora resulta claro es que no se debe perder tiempo buscando una justificación racional pura de los temas llamados metafísicos (para él; Dios, el alma y el mundo como totalidad), que son ajenos a las formas espacios-temporales.

Nos viene nuevamente el recuerdo del “Nous savons....” De Clausse y de tantos otros que hemos examinado en la primera parte. La realidad –la objetividad- de aquellos grandes temas tiene todo su apoyo en “una razón” distinta de la pura: la razón práctica. Kant no se reconocería en esta simplificación, pero eso es lo que se ha difundido de sus doctrinas: “La objetividad es imposible, pero **en la práctica...**” (6).

Esta concepción aporta una gran ventaja al periodista: puede desentenderse de cuestiones de principio, siempre tan enojosas, para quien vive inmerso en la acción y en lo vital. La mentalidad positivista ha abonado esa actitud. Lo mismo podemos decir de la fenomenología y las corrientes que endiosan la **praxis**. Lo mismo que los irracionalistas y los existencialistas tampoco exigen una fundamentación particular a los que comunican “**su** verdad” o “**una** verdad”, sin que “**la verdad**” ensombrezca su actividad.

Actividad, en efecto:: acción, eso es periodismo. La objetividad implicaría una posición estática, más aún, pasiva. El dinamismo, el interés humano quedarían relegados. Sería la muerte de un servicio social tan peculiar e insustituible....

Este idealismo vulgarizado es lo que domina desde hace tiempo. La corriente opuesta, conocida generalmente por **realismo** se ha mantenido casi exclusivamente en los

FUNDACIÓN WAE G96000.1

ambientes filosóficos cristianos, más concretamente, católicos. Por causas complejas y poderosas, ha permanecido marginada, a veces a la defensiva y con pocas aportaciones geniales que permitieran enfrentar la oleada criticista, servida por mejores y más laboriosas inteligencias. No se puede pensar, sin embargo, que el aislamiento haya sido absoluto. Por una parte ha habido intentos de adaptar la filosofía prerracionalista (pre-cartesiana) a las nuevas corrientes o, cuando menos, a sus métodos. Las manifestaciones más destacadas se han dado en los terrenos propios o colindantes con la Teología, dando lugar a menudo, a doctrinas heterodoxas en relación con el dogma católico.

Por otra parte, en cambio, el realismo que podría llamarse ortodoxo ha acudido frecuentemente –o ha “**sucumbido**” inconcientemente- a criterios racionalistas, pertenecientes por lo general a la corriente que, habiéndose ya generalizado, se veía amenazada por otra nueva más marcadamente idealista. Así encontramos una resistencia al criticismo kantiano que es un realismo impregnado de racionalismo cartesiano, así como –posteriormente- un “realismo crítico” de sabor kantiano que quiere hacer frente a irracionalismos posteriores. Frente a esto, presenta una mayor coherencia una parte del llamado “**neotomismo**”, que quiere fundamentarse en los contenidos filosóficos de la enseñanza de teólogo del siglo XIII Tomás de Aquino, muy invocado desde entonces, pero, al parecer, mal interpretado las más de las veces, cuando no citado deformadamente. En ese campo ha nacido la expresión “realismo metódico” (Etienne Gilson), que quiere volver al realismo espontáneo original.

Para el realismo metódico toda actividad cognoscitiva debe apoyarse en un axioma: la capacidad natural de nuestras facultades mentales para captar el mundo exterior, los objetos como son en sí. Si no se acepta este axioma, no puede invocarse ningún fundamento sólido para el conocimiento de lo que nos viene de fuera. Un punto de partida crítico –o subjetivo en general- no autoriza nunca a dar el salto a una actitud realista. Las fundamentaciones “prácticas”, al igual que las irracionales o superracionales (sentimiento, tradición, fe, etc.) se cierran sobre sí mismas y cortan al hombre en dos. Por una parte, el hombre empírico que capta y trasmite constataciones que se asientan en datos mensurables y en principios matemáticos; y, por otra, el hombre íntimo que elabora conclusiones intransferibles sobre hechos humanos y sobre realidades espirituales.

Esto vendría a ser, a nuestro entender, el fondo del problema de la objetividad.

La verdad

Para seguir adelante, se hace absolutamente necesaria una aclaración. Ser realista no supone comportarse como si existiese –refiriéndonos a nuestro campo concreto de la información periodística- una única versión posible acerca de un hecho humano. La postura realista no puede transformarse en simplismo. A veces ha sido así, y esto explica en parte su poco prestigio. Hay que llevar la cuestión hasta el final. El realismo no está sólo limitado en la tarea informativa por las peculiaridades de los medios de comunicación (sustancialmente palabra e imagen), sino que, aun insistiendo en la capacidad humana de captar **la** verdad, es obligado examinar una distinción esencial: la que existe entre verdad necesaria y verdades contingentes. El realismo se aplica a unas y a otras. A unas y a otras corresponden distintas modalidades de objetividad. Estaría lejos de entender el periodismo quien lo viese como un medio de expresar habitualmente verdades de carácter absoluto (7).

Examinemos, por tanto, que puede entenderse por verdad y por verdades contingentes.

Por verdad entendemos propiamente la adecuación de nuestro pensamiento a la realidad. Es por tanto un concepto relativo que permite afirmar que la verdad radica en

FUNDACIÓN WAE G96000.1

nuestra mente. Debe evitarse, sin embargo, un fácil equívoco. El hecho de que radique en nuestra mente no significa que se fundamente en ella, que sea ésta la que decide si un contenido determinado es verdadero o no. No basta con que mi razón afirme algo para poder atribuirle el calificativo “verdadero”. Ni siquiera basta con verlo clara y distintamente. El criterio de verdad consiste en la **adecuación** a la realidad, con lo que aquél se desplaza hacia ésta, hacia el objeto. Las expresiones hoy tan frecuentes: **mi** verdad, **su** verdad, muestran crudamente hasta que punto se ha extendido el idealismo vulgarizado señalado más arriba. No se puede confundir la veracidad con la sinceridad, si se habla con rigor. Sin embargo muchos las confunden, desconociendo la primera. Y, por otro lado, se confunde también la objetividad –equivalente a veracidad, casi su sinónimo– con la imparcialidad. Estas confusiones no se resuelven con soluciones simplificadoras. No serviría para nada precisar éstos u otros términos, aunque consiguiésemos poner de acuerdo a toda la humanidad acerca de su significado (9). Es la mentalidad contemporánea lo que necesita modificarse para encontrar apoyo en bases sólidas.

El concepto de verdad, tal como queda señalado en líneas anteriores, se traslada a las cosas mismas: un león “de verdad”, una “verdadera” calamidad.... En este sentido se puede decir que todo lo que es, es verdadero, ya que todas las cosas **son verdaderamente lo que son**. Este modo de predicación lógica sigue la línea de la llamada “analogía”. Y al término de esa línea, quien hable de Dios lo llamará **la Verdad**. Si Dios es el Ser absoluto y necesario, la Inteligencia que lo capta por entero, poseerá la Verdad. Pero, por eso mismo, fuera de lo que justamente pueda decirse de Dios, no se podría hablar nunca de **la verdad**, aplicada a enunciados de contenido contingente, es decir no necesario, no absoluto.

Se argüirá quizá que se dan principios lógicos y matemáticos sobre los cuales, sin reflejar la esencia divina, no cabe ninguna discrepancia por parte de intelectos que funcionan correctamente. Mas, sin embargo, hoy está más claro que nunca que se trata de dos clases de principios, fácilmente diferenciables.

Por una parte, nos encontramos con postulados admitidos por todos, con el fin de dar una base universal a deducciones que la experiencia confirma después como válidas, con tal que no se exceda en lo más mínimo los límites que condicionan aquellos postulados. Así, los axiomas de la geometría plana no son aplicables a la espacial. Y las fórmulas de la física clásica sólo son válidas dentro de ciertas constantes de velocidad, gravedad, etc.

Por otra parte, hay principios lógicos que en el fondo no son más que expresiones del gran y único postulado sobre el que se apoya toda nuestra actividad mental: el de la confianza en la capacidad de captar la realidad y de estructurar razonamientos que no nos alejen de ella. Cuando decimos que A no es no-A, estamos simplemente diciendo que somos capaces de pensar A, siendo A algo real, por lo menos en calidad de posible. Quizá no sea exacto llamar a esto un principio de Lógica, sino que parece más propiamente un principio metafísico (ontológico), como sostiene la filosofía realista. En efecto, las leyes mentales permiten que A es no-A. La prueba está en que lo estamos haciendo ahora mismo. La objeción a este enunciado proviene de la evidencia que me dicta irrecusablemente que en la realidad, objetivamente, jamás A podrá ser no-A.

La verdad contingente.

VOYENNE ha escrito que los periodistas no pretenden alcanzar la verdad absoluta, y que ni siquiera podrían alcanzarla, “pero si fueran incapaces de proporcionarnos los elementos de una verdad al menos relativa, más valdría que se callaran” (10).

FUNDACIÓN WAE G96000.1

Esta afirmación, por demás tajante, responde a una intuición certera, es de sentido común. Ahora bien, su fundamento puede hallarse en lo que llevamos escrito en las páginas anteriores. En el mismo lugar citado, el profesor francés añade que el papel de la prensa es **“decir lo que los hombres hacen”**. Lo que los hombres hacen podrían no haberlo hecho; y así mismo lo que les pasa a los hombres podía no haberles pasado. Los hombres que interesan al periodista son muy limitados, si tenemos presente lo que cuantitativamente se desarrolla de continuo en el mundo de lo humano. Todo hombre busca continuamente lo Bueno, al menos lo que le parece bueno para él. Esto no interesa a la prensa. Es algo necesario bajo todos los puntos de vista, incluso el ontológico. A la prensa ni siquiera le interesa lo que es, por ejemplo, vitalmente necesario, como respirar. No es noticia que alguien respire, excepto en el terreno de las “boutades” vanguardistas. En cambio sí es noticia que alguien deje de respirar, no porque vayamos a pasar todos necesariamente por ese trance, sino porque dejar de respirar un determinado día ya no es algo necesario, algo que necesariamente tenga que ser así. Es algo contingente. (Sin duda sería también noticia que alguien dejase de respirar sin morirse....).

Es muy interesante captar bien todo lo que significa y trae consigo este carácter de contingencia, propio de la inmensa mayoría de los objetos de nuestra observación, sobretodo como hemos ya visto, de los demás hechos humanos. Al no ser necesarios, son limitados, participan sólo de la verdad, son limitadamente verdaderos. Esto no quiere decir –obsérvese bien- que son en parte verdaderos y en parte falsos, sino solamente que son tal como son, pero podían haber sido de otra manera. Es cierto que lo contrario a verdadero es lo falso y erróneo, pero únicamente en el sentido propio de verdad, en el sentido lógico, como adecuación de la mente a la realidad. Pero un nuestro discurso transcurre ahora por la línea del concepto derivado o analógico, tal como empezamos a examinarlo más arriba. Cuando nos interesamos por la veracidad u objetividad de una información, no lo hacemos por la adecuación de ésta a lo que vio el informador, sino a lo que realmente accedió.

Las verdades de carácter absoluto o necesario no admiten más que una sola forma de ser concebidas, con tal que se ajuste cuidadosamente al punto de vista bajo el cual son consideradas. No es así, en cambio, al tratarse de verdades contingentes. Al ser éstas limitadas, admiten diversas formulaciones, todas ellas legítimas.

Esta importante distinción puede expresarse con un símil geométrico, advirtiendo los riesgos que llevaría consigo sacar las últimas consecuencias del mismo. Imaginemos un plano geométrico, es decir una superficie plana ilimitada en sus dos dimensiones. En cualquier punto de ese plano que nos situemos, un observador cualquiera advertirá a su alrededor exactamente la misma perspectiva.

Este sería el caso de las verdades de valor absoluto. La única diferencia entre las distintas perspectivas consistiría en la distinta ubicación del punto de vista. Toda la realidad de estas diferencias radicaría en la relación entre estos puntos entre sí, no en la objetividad que se percibiera desde ellos.

Si, por el contrario, acotamos en este plano una figura limitada por una línea, ya abierta ya cerrada, y situamos a un observador en distintos puntos del plano, tendremos evidentemente perspectivas muy distintas entre sí, excepto que en muy pocos casos, como sería ver una circunferencia concéntrica con respecto a otra, desde puntos situados en la segunda.

Obsérvese que estas perspectivas serán distintas en una variedad infinita: distinto ángulo, mayor o menos distancia, dirigidas desde un punto interior o exterior en el caso de una figura cerrada, etc. Téngase también presente que las posibilidades variarán según se trate de una figura cerrada, o bien abierta y por tanto con un solo límite preciso. ¿No es cierto que hay una similitud con lo que ocurre en el amplio campo de todo lo opinable? Y, sin embargo, nadie podrá decir que alguna de esas varias perspectivas sea

FUNDACIÓN WAE G96000.1

más verdadera que otra. Todas son verdaderas. Todas son objetivas: están logradas mirando **desde fuera**. Y –última y trascendental constatación- nadie puede decir que esas perspectivas deformen el objeto (la figura) en sí.

Parecería, por tanto, que se puede ya concluir una afirmación que puede aclarar bastante la aporía de la objetividad de la información: caben varias versiones objetivas acerca de un mismo hecho contingente, y, en consecuencia, de los acontecimientos que constituyen ordinariamente la mayor parte del objeto de las tareas informativas (11).

Bajo los puntos de vista expuestos, es admisible la tendencia caracterizada por lo que expusimos a propósito de GIULIANI (1.2 e). Lo que allí se expresaba como “verdad pluralista” está contenido y rectificado al definirlo como “verdad contingente”. Se evita así la postura escéptica y relativista con respecto a la existencia de algunas verdades fijas y necesarias. De la misma manera, en lugar de hablar de “verdad probable”, decimos que pueden darse varias versiones objetivas con respecto a los hechos contingentes.

Con nuestra toma de posición:

1. evitamos con mayores garantías el gran peligro de instrumentalizar la verdad con el fin que sea;
2. dejamos más claro que no puede haber contradicción radical entre distintas posturas, con lo que el diálogo no se limita al respecto de quien no coincide con nosotros en cuanto a lo inmutable, sino que en el amplio campo de lo que todos reconocemos como opinable, se convierte en un medio de progreso en el conocimiento de la realidad;
3. se puede ver que no basta con que se alcance **una** verdad probable que ponga a salvo al sujeto ante las posibles impugnaciones de otros en cuanto a su objetividad. No basta con echar una ojeada, ni es lícito observar sólo hasta que la versión obtenida se conforme con los propios intereses. El objeto tiene la primacía y exige no cejar nunca –dentro de lo posible- en la tarea de captarlo con la mayor fidelidad posible.

NOTAS:

- (1) En realidad las excepciones son numerosas, pero carecen generalmente de sentido crítico o de conexión con los planteamientos concretos de los estudiosos del mundo informativo.
- (2) Este sería el caso del citado Ruffieux (1ª parte, 3 c).
- (3) El periodista tiene un mucho de filósofo. Dice Frossard en un escrito autobiográfico que el reportero se asombra de lo que a nadie asombra (*Dios existe. Yo me lo encontré*. Rialp. Madrid 1969, 120).
- (4) Si sólo hay una Matemática, ¿porqué hay tan diversos sistemas filosóficos?.
- (5) Obsérvese la diferencia con respecto a Descartes. Este quiere dotar a la Filosofía de la **firmeza** de los principios de las ciencias positivas. Kant somete su crítica filosófica a dichos principios en sí mismos.
- (6) Reitero los descargos que antepuse en la primera parte, a fin de eximir de “culpa intelectual” a los detentadores de fórmulas que responden a tal esquema mental, pero el presente trabajo sería útil a los periodistas, si excitara el interés de algún filósofo a tratar a fondo y con competencia la cuestión. También sería muy de desear que las Facultades universitarias de Periodismo comprendieran que la formación filosófica de sus alumnos no es sólo una parte de su cultura general.
- (7) Tampoco son propiamente objeto peculiar de la actividad periodística los hechos físicos, aunque, a veces revisten tanto “interés humano”, como, por ejemplo, en el caso de los servicios meteorológicos.
- (8) No es difícil ver el origen cartesiano de esa traspolación. Alguien se decía que en Francia un razonamiento claro tiene muchas probabilidades de ser aceptado como verdadero.
- (9) Es un fenómeno parecido al que en el terreno de la moralidad sólo ve en la conciencia algo subjetivo y olvida la necesidad de conformarla con unos criterios objetivos.
- (10) La objetividad...., 23.
- (11) En lugar de decir: “No podemos conocer el mundo exterior en sí, pero en la práctica.....; podremos afirmar: “tenemos capacidad para conocer la verdad absoluta, de modo que incluso en la práctica....” Por algo se ha dicho que el realismo tomista es la filosofía del sentido común.

3ª Parte. LA OBJETIVIDAD POSIBLE

Con lo visto anteriormente, podemos ya tratar de la objetividad informativa, sin que experimentemos la sensación de que nos movemos en terreno falso. Con expresión vulgar, nos podremos sentir con “las espaldas guardadas”. Pero además nos sentimos exigidos por una tarea que pondrá a prueba todas las virtudes tan cantadas de los mejores periodistas. Las recomendaciones para garantizar la máxima objetividad posible en la información, a las que se hizo breve referencia en la primera parte, cobran desde ahora una mayor coherencia. Por otra parte queda claro, a nuestro entender, que la diversidad de enfoques no afectan de por sí a la objetividad, antes bien ésta aconseja que se multipliquen los puntos de vista, siempre que –por supuesto- se observe escrupulosamente el principio de la honestidad o sinceridad. Entre las distintas perspectivas de una misma realidad habrá más o menos en común, pero difícilmente se darán dos de ellas absolutamente idénticas. Aunque un observador pretenda “ponerse en lugar de otro”, si tiene cierta personalidad y sentido crítico, aportará una traza personal debida a sus convicciones y mentalidad. En fin, no sólo se dará disparidad en las opiniones, sino en la misma información de los hechos. Ante estas perspectivas se descubre de modo patente la superficialidad de la vieja fórmula de la objetividad espontánea: “facts are sacred, comments are free”. Los hechos, respondemos nosotros, no son sagrados. Tan elevada cualificación puede responder sólo a unas pocas verdades absolutas. Y, por otra parte, las opiniones no son antípodas de la información propiamente dicha. La libertad de opinar no justifica por sí misma cualquier toma de posición, ya que hay siempre un límite objetivo que no puede soslayarse, a no ser intencionadamente. La profundidad en los planteamientos teóricos, lo mismo que las enseñanzas de la experiencia coinciden en dictarnos que tanto los hechos reales y su interpretación, como las soluciones a los problemas que plantean, son complejos y revisten muchos matices.

Se puede sostener, por lo tanto, que no están totalmente desentonadas las declaraciones de principios y las exhortaciones de personas y organizaciones que, sin formar parte propia del mundo de la prensa, tienen derecho a ver en ésta un factor de primer orden en la marcha de la humanidad.

El departamento de cuestiones sociales de la ONU proyectaba en 1952 un Código de honor del personal de prensa y de información, cuyo primer artículo se refería a la obligación de respetar la verdad, la objetividad y la integridad de la información (1).

El Concilio Vaticano II, por su parte, ha pedido también que la información sea objetivamente verdadera (2), y los últimos pontífices de la Iglesia Católica han insistido mucho sobre esto en sus enseñanzas (3).

Disciplina de la objetividad.

Se ha hecho lugar común hablar en ciertos temas de carácter ideológico, de la “mística” que les acompaña. Este término está tomado de la literatura filosófica y espiritual y está relacionado con otro –la “ascética”- que no ha tenido tanto éxito fuera de ese ámbito, por razones fáciles de deducir.

Místico hace referencia a una actitud contemplativa –en cierto modo pasiva- y de fruición de algo poseído y que nos supera en dignidad y fuerza. La “ascética”, en cambio, se relaciona con el esfuerzo y la lucha para alcanzar una determinada meta, más o menos elevada sobre el horizonte inmediato de un espíritu.

Cada vez que surge ante el hombre un ideal nuevo, aquél se siente transportado por el afán de alcanzarlo y gozarlo directamente y con vehemencia. Este ímpetu inicial del espíritu suele

FUNDACIÓN WAE G96000.1

desembocar en un fracaso decepcionante, pero, si se evita la desesperación mediante una reacción reflexiva y con la ayuda de otros más experimentados, se ve que es necesario proceder más cautamente, luchar de modo progresivo y vencer el desaliento hasta alcanzar –esta vez sin espejismos– aquella meta tan deseada. Este fenómeno no se da a nivel individual, lo mismo que colectivo e, incluso, de toda la humanidad, con la diferencia, entre otras, de no poder acudir fácilmente a “otros más experimentados”. Este fenómeno se ha repetido en instancias tan destacadas de la historia de la cultura como el “advenimiento” de la Razón, la Nación, la Libertad, la Ciencia, la Democracia, el Progreso..., la Objetividad, etc. (4).

Ha sido largo el primer embate, con su mística anticipada y falsa, en pro de la objetividad de la prensa. Ha sido un largo “flirt”, pero ha sobrevenido la crisis con una dureza proporcional a lo prolongado de la primitiva exaltación. Ha llegado el momento de la “ascética”, de la disciplina de la objetividad, al menos de la misma forma que se vive ya en buena parte con respecto a la ciencia, la democracia, etc.

Se puede sostener que no es ni más ni menos que esto lo que propugnan algunos teóricos de la información ya conocidos en estas páginas. CLAUSSE (5) propugna una “actitud científica” para garantizar la objetividad informativa. DE GREGORIO (6) habla de forma parecida y J. XIFRA (7) cita las siguientes palabras de R. CHAPUIS en *L’information*: La verdad periodística es “el resultado de un esfuerzo colectivo en el que intervienen, desde sus puestos respectivos, los que proporcionan, los que presentan y los que reciben las noticias”.

Volviendo al símil geométrico expuesto en la segunda parte, se puede decir que el periodista está obligado por la misma naturaleza de su misión social, a buscar la mejor orientación para observar; a acercarse al objeto sin perder por ello la conveniente visión de conjunto; a contemplar los hechos desde distintos puntos de vista; a aceptar, respetar y utilizar las versiones que procedan de otros informadores;

A asimilar, en fin, las técnicas recomendadas por los periodistas expertos y responsables, los cuales ciertamente existen, por muy justificado que pueda parecer el desprestigio de estos profesionales. Que debamos reconocer tal desprestigio habla, en último término, de la dignidad de la tarea periodística, reconocida por todos los que se interesan por el destino del hombre y la sociedad. Llegaríamos a la conclusión de que el principal factor de ese fenómeno negativo, se encuentra en aquella “mística” irreflexiva y pueril de la objetividad. Si se consigue educar eficazmente a los futuros periodistas en base a una sólida disciplina de la objetividad, se conseguirá en buena parte rescatar para toda la profesión periodística la consideración y el prestigio que hoy parecen reservados a unos pocos representantes de ella. Por otra parte, decepciona ver que en ocasiones dicha consideración tiene un mucho de mito y de propaganda bien encauzada y bien respaldada económicamente. ¿Habría que educar también a los lectores, esos jueces apasionados que saltan del anatema a la veneración tan fácilmente?. Sin duda, pero no queda por el momento otro remedio que examinar el objeto más inmediato de este estudio: el periodista. De él depende, además, en gran parte, la educación del lector, a través del servicio que le presta en orden a informarlo, y a ayudarlo a juzgar por sí mismo acerca de los hechos públicos con una base firme y despasionada. Lo que nos parece que no debe hacerse es presentar excusas como la de que “la objetividad es imposible”, con el fin de ocultar la desidia, la incompetencia y motivos inconfesables.

La formación del periodista en orden a la objetividad.

Recojamos, pues, lo más destacable entre los puntos que deben cuidarse para que los deseos de acercarse a la objetividad, sean los más eficaces posible. Además de recoger en este apartado lo que ya hemos visto en otros lugares, se nos presenta la ocasión de presentar lo más sustancial, en relación con el presente estudio, de algunos trabajos referentes a la formación de futuros periodistas.

- a) En primer lugar, pese a todas las dificultades que puede revestir, y a las limitaciones que hemos señalado a una división tajante entre los datos y las opiniones, es preciso que reconozcamos que el periodista se esfuerce para que en su relación de lo ocurrido, influya lo menos posible la personal opinión que se ha formado al hacerlo objeto de su conocimiento. KAYSER habla en este sentido, de delimitar claramente los hechos de los comentarios (8). Esa delimitación se debe manifestar incluso tipográficamente (9), de modo que por lo menos los lectores más concienzudos puedan distinguir fácilmente donde el periodista ha querido o se ha visto obligado a interpretar personalmente los hechos que motivan su información.
- b) Es también KAYSER (10) uno de los que con mayor claridad insisten en la importancia que tiene dotar a cada información de todas sus circunstancias y antecedentes, a fin de facilitar la comprensión del hecho relatado, ya que los sucesos jamás manifiestan por sí mismos todo su significado real. El buen periodista no da nada por sabido, aunque debe evitar el tono de quien cree dirigirse a semianalfabetos (Albertos), ... aunque sea a veces ésta la realidad. KAYSER dice incluso que la noticia escueta debe completarse con las previsiones deducibles del hecho de que se trate. Salta a la vista, que sin rechazar en absoluto esta recomendación, se trata de un punto extremadamente delicado. En ningún caso como en éste queda comprometida la objetividad. Sin embargo, se puede sostener que cabe en muchos casos exponer las posibles derivaciones de un hecho, si el periodista tiene suficiente experiencia, si está en posesión de los datos oportunos y si tiene acceso a las fuentes de información. En la práctica este capítulo de previsiones deberá reducirse a una exposición de esos datos y a referencias de casos similares, dejando muy claro que no puede nadie comprometerse en un vaticinio de por sí improbable. Aquí se da con toda propiedad la transición entre la información y la opinión simple y llana.
- c) No es necesario repetir aquí las enseñanzas de VOYENNE, ya que nos detuvimos en ellas en varios lugares anteriores. La tarea informativa exige un continuo esfuerzo de discernimiento de todos los factores que revierten en cada situación concreta. Los matices son muy importantes. Sin ellos se puede decir que casi no hay noticias que merezcan ese nombre. El periodista ha de estar dotado de la debida perspicacia para **ver** mucho más que un observador “automático” (¡el sueño del objetivismo ingenuo!).
- d) ORTEGO (11) aporta también conceptos acertados y útiles para que el periodista se dé cuenta de lo que razonablemente se espera de él. Debe saber armonizar las informaciones, aunque provengan de origen diverso y correspondan a fechas diferentes. En gran parte ésta es tarea de la redacción que no debe limitarse a elaborar por separado cada servicio informativo como algo independiente, para pasarlo después a un “confeccionador-decorador”.

Todo esto es muy exigente, es cierto, y la falta de tiempo y del personal suficiente y de competencia proporcionada, es el pretexto para que muchos periódicos suministren un complejo inorgánico, que necesita ser estudiado más allá de lo que un medio informativo puede, en buena conciencia, imponer a un lector. Este tiene más derecho que el periodista a considerarse sin tiempo ni recursos suficientes para cotejar todas las diversas informaciones, acudir en busca de datos complementarios, etc. Si todos los profesionales y todos los órganos de prensa no se hallan en condiciones de trabajar así, difícilmente se podrá reivindicar el prestigio profesional del que antes hablábamos.

- e) ORTEGO dice también en su libro, adoptando una elevada panorámica, que si bien el objeto inmediato de la información es lo efímero –por razón del dato positivo de su actualidad y no como una lacra-, la labor informativa debe reflejar lo permanente: el genio, el heroísmo, el amor, y –añadimos nosotros, ¿porqué no?- todas las miserias

FUNDACIÓN WAE G96000.1

de los hombres, con tal que respondan a una visión serena y responsable y no a la morbosidad lucrativa de explotadores de la sangre, el sexo, el escándalo y la intimidad personal.

- f) Como decíamos al introducir este apartado, todas estas reglas de la disciplina de la objetividad hacen referencia muy especial a la tarea de formación de nuevos periodistas. A este respecto merecen consideración aparte las ideas de periodistas como Ángel BENITO, que han destinado mayores esfuerzos a promocionar nuevas generaciones de profesionales de la prensa, dotándoles de una base universitaria y de unas categorías humanas y morales que superan la figura del periodista “de nacimiento” y con preparación exclusivamente técnica y pragmática.

El profesor de la Universidad de Navarra insiste, entre otros temas que aquí sólo interesarían accidentalmente, en el **respeto al dato**, es decir, en vencer la pereza y la irresponsabilidad, a fin de dar solamente datos comprobados personalmente y verificados en las fuentes adecuadas. La precipitación y la frivolidad no sólo perjudican a la larga al periodista y al órgano de que se sirve, sino que a la corta constituyen un atentado al derecho de los lectores a ser informados correctamente.

Pese a nuestros lamentos del desprestigio de la prensa y concretamente de su objetividad, la letra impresa tiene un alto poder de convicción. Si decíamos en la introducción que hay quienes atestiguan que, en muchas ocasiones, ven mal informada a la prensa acerca de lo que ellos conocen directamente, se debe añadir que estos mismos suelen aceptar de modo espontáneo todo lo que les llega sobre otros temas, procedente de las “fuentes generalmente bien informadas”.

- g) Hay otra idea del profesor BENITO que merecería una adecuada atención, si bien es difícil optar por una solución definida. Se trata de una de las cuestiones más problemáticas que se ven obligados a abordar los formadores de nuevos periodistas. Se plantea, en efecto, hasta que punto incide la preparación –sobre todo intelectual– en la aptitud posterior para captar y transmitir objetivamente determinados acontecimientos y situaciones. Si la preparación pretende ser muy amplia y profunda, ¿no se perderá sensibilidad para campos del acontecer humano intrascendentes en sí mismos, pero no despreciables?. Para poner un ejemplo: difícilmente un graduado en Facultad universitaria querrá prestar atención a lo que constituye ordinariamente el contenido de las acciones de “Sucesos” o de “Policiales”. Y esto no sólo porque el flamante titulado lo considera denigrante dada su elevada capacitación, sino por una cierta ineptitud para la materia. Si las Facultades de periodismo sólo son capaces de proporcionar directores de periódicos y comentaristas de alto nivel, la única diferencia con la situación pretérita consistirá en que se habrá expulsado de la prensa a los abogados y humanistas. Y no es ésta la finalidad que se busca con dichas Facultades. Además sería fácil prever un agudo paro tecnológico en este campo....

Un segundo problema. Muchas materias que merecen y precisan la atención del periodista exigen cada vez más una profunda especialización, en pro precisamente de la objetividad de las mismas. Sin embargo la misma objetividad reclama una preparación más amplia para percibir las implicancias que unas determinadas cuestiones tienen con respecto a otras. Para llevar –es otro ejemplo– una sección económica y financiera no basta con entender en esta materia. Hay que conocer con suficiente competencia cuestiones de orden político, social, psicológico e, incluso moral. Resulta entonces que a la formación periodística habrá que añadir la propia de un economista y, más aún, mantenerse constantemente al día en todos estos terrenos. En conclusión, la especialización que a veces se requiere al periodista, puede perjudicar la objetividad de sus servicios.

Esos planteamientos son esquemáticos y podrían inducir a adoptar actitudes simplistas. Son tantas las razones que postulan una formación de carácter

FUNDACIÓN WAE G96000.1

universitario para el periodista, que difícilmente objeciones como las apuntadas serían suficientes para anularlas o para que decayese el empeño que impone convertirlas en realidad. Sin embargo se podrán evitar decepciones futuras, si se tienen en cuenta estos y otros riesgos a la hora de preparar planes de estudios, de imponer requisitos para intervenir en la redacción de un órgano de prensa, etc. Es fácil poner dificultades a todas las iniciativas, pero también es fácil resolver parte de un problema sin preocuparse de estudiar que nuevos obstáculos surgirán con el tiempo como consecuencia de la solución adoptada. Eso podría ocurrir si todo se limitase a “alargar y ensanchar” la preparación de periodistas noveles.

Hacia una casuística de la objetividad

Al irnos acercando al quehacer diario del periodista, han ido apareciendo nuevos campos llenos de sugerencias e interrogantes. Queremos dejar constancia de que no pretendemos haber hallado una fórmula mágica con la que baste para hacer la prensa que todos desean y esperan. La profesión periodística es lo bastante compleja como para que no se pueda sostener ninguna actitud simplista. Concretamente, no valen las mismas reglas para los diferentes tipos de prensa ni para todos los géneros periodísticos, y, bajo otro punto de vista, las exigencias de la

Objetividad se presentan de modo diverso según la diversa naturaleza de los hechos sobre los que se informa o que son objeto de comentario.

- a) Hay órganos de prensa que prestan mayor atención al aspecto informativo, mientras que otros se presentan más claramente como vehículos de opinión. A todos se les debe exigir el respeto a la verdad, pero hay que aceptar el juego limpio de quienes quieran difundir a cara descubierta una visión particular –de partido, por ejemplo- de las soluciones que requieran los problemas públicos. No vemos que deba ser forzosamente contrario a la objetividad el que un periódico determinado dé más relieve a las realizaciones de unos determinados políticos, realce las deficiencias de sus oponentes e insista en los programas de los primeros. En una sociedad en la que el juego político tenga una cierta apertura, basta generalmente la “manchette” para que todos los posibles lectores sepan que orientación van a encontrar en esas páginas. Los únicos engañados van a ser los turistas y éste es un problema que resulta demasiado localizado para que invalide una realidad que tiene sus riesgos, pero con tales inseparables ventajas que sería contraproducente pretender desarraigarla, como ha podido constatar en un número suficiente de casos bien conocidos.

Todo esto no significa que esté justificado tergiversar, ocultar, etc., hechos importantes, aunque desfavorezcan la propia posición. Tampoco deja resuelta la ardua cuestión de la limitación de posibilidades para dar las propias opiniones al público, causada por razones económicas, por sinuosas disposiciones que de hecho dejan a unos pocos la posibilidad de difundir sus ideas, etc. La libertad de prensa es también una fórmula que puede encubrir con simplicidad demagógica muchos abusos también suficientemente conocidos y que se dan en países de reconocida solera democrática.

A este respecto se difunde quizá cada vez más la llamada prensa de explicación, que procura dar la información con todos los elementos necesarios para que el lector pueda hacerse una imagen completa y coherente de las situaciones. Tal como lo entendemos, éste será el tipo de prensa que mejor habría comprendido y llevado a la práctica la disciplina de la objetividad.

- b) También impone distinciones notables el hecho de que los géneros periodísticos no se puedan reducir en la práctica a informaciones o a comentarios, sino que por lo menos debemos distinguir entre información en sentido estricto, reportajes (con sus

FUNDACIÓN WAE G96000.1

subgéneros: entrevistas, encuestas, ruedas de prensa, etc.), crónicas (sociales, deportivas, de sucesos, de viajes, de correspondencia, etc.) y artículos (editoriales, comentarios de “columnista”, críticas de arte, ensayos, etc.) (12).

Como hemos expuesto en la introducción, el objeto que nos hemos propuesto se limita a la información e sentido estricto, pero las conclusiones a las que estamos llegando son en diverso grado aplicables a los otros géneros, en una cierta escala decreciente desde el reportaje al ensayo de carácter literario. En una situación intermedia nos encontramos con el artículo editorial, que suele tener gran repercusión y en el que normalmente se combinan lo informativo con lo ideológico. Existe el peligro de que lo segundo altera lo primero. Una regla sencilla diría que las propias ideas no deben proyectarse sobre los hechos que dan pie al artículo, sino sobre las previsiones y las posibles soluciones a los problemas planteados. La interpretación de los hechos mismos se presta fácilmente a su tergiversación, aunque el periódico puede mostrar su honestidad permitiendo, con una buena información en la sección correspondiente, que el lector discrepe de la visión particular del editorialista.

- c) Por último hagamos también referencia a que la misma categoría de los hechos sobre los que versa una información, presenta diversidad de facetas a la hora de juzgar acerca de su objetividad. No es lo mismo referir una sesión parlamentaria que informar acerca de un accidente de tráfico. Las noticias sobre hechos políticos –más sin son conflictuales- exigen una frialdad que no tiene porqué darse en una crónica social o sobre otro tema de poca trascendencia. Algunos elementos tienen toda su razón de ser en el fin primero de la prensa que es informar, mientras que otros responden más a la misión de entretener a los lectores, sin deber por ello acudir a la ficción, sino tomando pie legítimamente en hechos acaecidos. Unos temas de por sí se dirigen más al intelecto, mientras que otros revisten mayor atracción de lo instintivo o pasional, incluso de las nobles pasiones del hombre. No cabe duda que la disciplina de la objetividad revestirá diferentes modalidades según la prevalencia de uno u otro de estos aspectos.

El epígrafe precedente puede servir sobretodo como una fuente de temas dignos de estudio, si bien pensamos que quedan ya muy alejados de todo examen crítico al nivel que ha presidido el presente estudio. Basta leer cuanto se ha escrito y se sigue escribiendo acerca de la función periodística, para comprender que quienes tienen mucho que decir son aquellos que viven, gozan y sufren directamente la gran aventura de la prensa.

Nos parece, sin embargo, que ha podido verse cómo la cuestión de la objetividad conduce, sin violencias, desde lo conceptual hasta una revisión crítica de muchas de las facetas del “hacer” periodístico, así como de la preparación técnica e intelectual y ética para esta profesión, apasionante y trascendental, al decir de muchos y al vivir de todos.

NOTAS:

- (1) Vid. CLAUSSE, op. cit., 344-345.
- (2) Decreto sobre los Medios de Comunicación Social, N° 5.
- (3) Puede verse una amplia recopilación en ANASAGASTI, op. cit., 71, 99 y passim.
- (4) y las encuestas. En eso algunos están aún plenamente bajo los efectos del “flechazo”.
- (5) op. cit., 347.
- (6) loc. cit.
- (7) **Prensa y orientación política**, en La Prensa, I Semana Internacional de Prensa, Barcelona 1963, 233.
- (8) op. cit., 190.
- (9) Vid. ALBERTOS, **Objetividad**...., 489
- (10) op.cit., 190
- (11) op. cit., 54 y 58
- (12) Seguimos en este punto a ALBERTOS, Los géneros periodísticos, Pamplona, Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra (guiones de clase).

APÉNDICE TERMINOLÓGICO

Los poetas lo perdonarán. Los academicistas quizá no puedan. Pero nos parece oportuno proponer un intento de vocabulario, que más bien se parecerá a una “explicación de los signos usados”. Dada la plurivalencia del sentido de muchas palabras, se siente la tentación de imitar –tal como se ha hecho en Lógica- el procedimiento de las matemáticas y establecer unos signos de forma arbitraria, pero con un sentido inequívoco, a fin de poder entenderse fácilmente. Es una tentación, porque, por ejemplo y por el momento, “no” significa lo mismo para todos, pero en cambio, la mayoría de los nombres, verbos y adjetivos reciben las más variadas acepciones. Lo único lamentable en esto es que la plurivalencia alcance a lo que debería ser una base de coincidencia de todas las mentalidades: los conceptos de verdad, de bien y de unidad.

La propuesta de este vocabulario no pretende solucionar la crisis del hombre moderno...., pero quizá pueda servirle a alguien como un asentamiento de bases para tratar el tema que nos ha venido ocupando en este trabajo.

▪ **Lo verdadero.** Equivaldría a lo que algunos llaman la Verdad (con mayúscula), es decir lo que necesariamente es, y, como consecuencia, se impone con evidencia a la razón. Es el **Verum** latino.

▪ **La verdad (veritas).** Habiendo reservado a “lo Verdadero” la trascendencia ontológica, la verdad reviste un carácter dinámico, conforme a su enraizamiento en la relación lógica capaz de ser establecida entre una realidad contingente y un intelecto limitado (el humano, en nuestro caso).

FUNDACIÓN WAE G96000.1

- **Imparcialidad.** En sentido negativo, ausencia de interés efectivo para que los hechos favorezcan una determinada tesis o unos intereses previos. En sentido positivo, actitud serena ante los acontecimientos, evitando las más distintas presiones, tanto internas (apasionamiento, miedo) como externas (conveniencia, adulación, etc.)
- **Neutralidad.** Sinónimo de imparcialidad.
- **“Pactismo”.** Deformación de la imparcialidad y de otros conceptos, que consiste generalmente en adoptar una postura media entre la verdad y el error, con la consecuencia inevitable de permanecer en éste último (“). En ciertos campos se llama a esta postura “falso irenismo”. Estar por lo verdadero no es ser “parcial”.
- **Informar.** Suministrar a otros determinados conocimientos que reflejan hechos acaecidos. Se dice “informar” en el sentido de que se influye legítimamente en la “formación” de la mente de otros en cuanto a sus conocimientos, no en cuanto a sus opiniones o gustos. Por tanto, el término no hace referencia a alterar –y mucho menos ilegítimamente: “de-formar”- los acontecimientos y datos percibidos y transmitidos.
- **Objetividad.** Capacidad de nuestra mente para captar realidades externas a la misma, sin deformarlas sustancialmente, y para transmitirlos a otros por variados medios con la misma garantía.
- **Sinceridad.** Cualidad personal que lleva a comunicar el propio pensamiento. Se puede faltar a la misma afectadamente, es decir, rehuyendo el conocimiento de realidades, del que se toma como consecuencia la necesidad de modificar el propio modo de pensar o de comportarse.
- **Honestidad.** Actitud compleja, mezcla de imparcialidad, sinceridad, responsabilidad y competencia periodística.

Con estas bases –salvo ligeros retoques perfectamente admisibles- sería posible entenderse acerca de multitud de cuestiones. Sin estas bases, por el contrario, no se podría dialogar más que con la finalidad de llegar a ellas algún día. Pero, en todo caso, es cierto que el diálogo puede ser muchas veces enriquecedor.

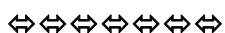
(“) *Conversaciones con MONS. ESCRIVÀ DE BALAGUER*, 3ª ed., Rialp. Madrid 1969, N° 30

CONCLUSIONES

Hemos llegado al final de este trabajo. Nos gustaría sin embargo, poder decir que, conforme a una idea cara al profesor Irazazábal, hemos llegado al principio. A partir de ahora nos será más fácil comprender las dificultades de la tarea informativa, pero también veremos con mayor evidencia lo lamentable de tantas situaciones que tienen su origen en la falta de ideas claras y en la ligereza con que a veces nos lanzamos, no sólo a opinar, sino a relatar lo que hemos presenciado, sin ajustar debidamente todas las precauciones aconsejables para no incidir con nuestra precipitación y nuestros apasionamientos.

Hemos empezado por observar que actualmente se ha perdido la fe ciega en la objetividad informativa, pero que se han buscado para justificarlo razones de simple experiencia o enunciados de tono filosófico poco fundados o desconectados de las conclusiones a las que se llegaba en última instancia. Por este motivo, hemos hallado en una determinada corriente filosófica la explicación suficiente de la inestabilidad de aquella fe impropriamente basada. Nuestra conclusión ha sido que acerca de los hechos humanos caben diversas versiones objetivas, lo que no significa que todas las versiones posibles puedan arrogarse tal calificativo. En tercer lugar hemos vuelto a los estudiosos de la problemática informativa, y hemos comprendido sus enseñanzas bajo el concepto de “disciplina de la objetividad”. Como ha escrito Jorge FERNÁNDEZ, Director del Centro Internacional de Enseñanza Superior del Periodismo para la América Latina, se trata de “preparar comunicaciones capaces de interpretar la realidad en que viven (los hombres), y ofrecer los datos que sirvan al individuo para conocer y juzgar la comunidad a la cual pertenecen” (“).

Esperamos que de todo ello nazcan dos disposiciones altamente provechosas para toda tarea humana –de hombres y para hombres–: serenidad y mejor aptitud para la convivencia. Serenidad porque no es todo relativo, porque nuestras facultades de captar la vida y de transmitir lo que captamos de ella, no trabajan en el vacío. No se debe temer a quienes pretendan usar cierta suerte de coacción moral apoyándose dialécticamente ni en la objetividad, ni en la imparcialidad, ni en la sinceridad. La convivencia se verá afianzada también con esta serenidad y con la conciencia de que nadie puede dogmatizar acerca de lo que, por su propia naturaleza, es y debe ser objeto de lícitas y provechosas discrepancias. De ser así no haría falta añadir que se verían beneficiados los hombres todos y –si puede hablarse así– la verdad misma. El hombre está mejor conjuntado con su entorno total de lo que a veces reflejamos con nuestra desconfianza en los demás, en nosotros mismos, y en nuestro común origen y fin.



(“) Vid. BENITO, Ángel, Libertad de información y enseñanza del periodismo en la Europa actual, “Nuestro tiempo”, Nº 183, Pamplona, Septiembre 1969, 226.

BIBLIOGRAFÍA:**A) Para las partes primera y tercera:**

ALBERTOS, José Luís Martínez, **Los géneros periodísticos** (Guiones de clase de Redacción Periodística III) Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra.

ALBERTOS, José Luís Martínez, **Los mitos de la prensa**, "Nuestro Tiempo" N° 95, Pamplona, mayo 1962, pp. 547-565.

ALBERTOS, José Luís Martínez, **Objetividad e interpretación de la noticia**, "Nuestro Tiempo", N° 100, Pamplona, octubre 1962, pp. 484-493.

AMESTOY, Alfredo, **El reportero**, Rialp, Madrid 1963.

ANASAGASTI, Pedro de, **La verdad, objetivo primario del periodista**, Tesis del Instituto de periodismo de la Universidad de Navarra, Gráf. Ellacurria, Bilbao 1969.

ARON, Raymond, **Ensayo sobre las libertades**, Alianza (bolsillo), Madrid 1966.

BAFFREY, J. -C., **Une approche sociologique de la notion d'opinion**, en **Sociología de las relaciones públicas**, V Semana Internacional de Ciencias Sociales, Instituto de Ciencias Sociales, Diputación Provincial de Barcelona, 1968.

BASTIAN-CASE-BASKETTE, **Editing the day's news**, 4ª ed., MacMillan, Nueva York 1956 (impressione de 1963).

BENEYTO, Juan, Ordenamiento jurídico de la información, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1961.

BENITO, Ángel, **Evolución de los estudios del periodismo en el mundo**, en **Ciencia y enseñanza del periodismo**, Ediciones Universidad de Navarra S.A., Instituto de Periodismo, Pamplona 1967, pp. 13-16.

BRAJNOVIC, Luka, **Tecnología de la información**, EUNSA, Pamplona 1967.

CLAUSSE, Roger, **Les Nouvelles (synthèse critique)**, Centre national d'études des techniques de diffusion collective. Editions de l'Institut de Sociologie d l'Université Libre de Bruxelles, 1963.

DE GREGORIO, Domenico, **Metodología del Giornalismo**, Roma s/d.

DESMOND, Robert W., **La formación profesional de los periodistas**, UNESCO, París 1949 (impr. M. Blondín).

DOVIFAT, Emil, **Periodismo**, 2 vols., trad. De Félix Blanco, UTHEA, Méjico 1960.

FATTORELLO, Francesco, **Introduzione alla tecnica sociale dell'informazione**. Instituto Italiano di Pubblicismo, 3ª ed., Roma 1964.

FUNDACIÓN WAE G96000.1

FAUS, Ángel, *La ciencia periodística de Otto Groth*, Universidad de Navarra, Pamplona 1966.

FERNÁNDEZ AREAL, Manuel, *Influencia del factor humano en la formación de la opinión pública*, en *Prensa y convivencia internacional*, Instituto de Ciencias Sociales, Diputación Provincial de Barcelona, 1964, pp. 19-26.

GIULIANI, A., *Stampa, comunicazione umana ad oppinione pubblica*, en *La Prensa*, "Semana Internacional de Prensa, Instituto de Ciencias sociales, Diputación Provincial de Barcelona, 1963, pp. 163-170.

GÓMEZ TELLO, José Luís, *La noticia y su interpretación, en Prensa y convivencia internacional*, Inst. de C. Sociales, Dip. Prov. De Barcelona, 1964, pp. 27-34.

KAYSER, Jacques, *Le quotidien francais*. Prefacio de Pierre Renouvin, libr. Armand Colin, París 1963.

KAYSER, Jacques, *Mort d'une liberté*, Plon, París 1965.

KAYSER, Jacques, *Presse et Opinión*, en *L'Opinion publique* II, P.U.F., París 1957, pp. 229-240 (Publicación del Centre de Sciences Politiques de l'Institut d'Etudes Juridiques de Nice).

LOPEZ-FELIX, Francisco, *Sí al sensacionalismo*, "Nuestro Tiempo", N° 106, Pamplona, abril 1963, pp. 483-492.

ORTEGO COSTALES, José, *Noticia, actualidad, información*, Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, Pamplona 1966.

PINTO, Roger, *La Liberté d'opinion et d'information*, ed. Lomat Montchreathien, París 1955.

RUFFIEUX, Roland, *El politólogo y sus problemas de información científica: los periódicos*, en *Comunicación social e integración europea*, Diputación Provincial de Barcelona, 1968, pp. 55-72.

SCHRAMM, Wilbur, (editor), *The Process and Effects of Mass Communications*, Universidad de Illinois, Urbana 1961.

SIEBERT-PETERSON-SCHRAMM, *Four theories of the press*, Univ. de Illinois, Urbana 1963.

VOYENNE, Bernard, *La objetividad en la información*, "Nuestro tiempo" N° 169-170, Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, Pamplona 1968, pp. 21-29.

VOYENNE, Bernard, *La Presse dans la société contemporaine*, libr. Armand Colin, París 1962.

WARREN, Carl, *Modern news reporting*, ed, revisada, Harper, Nueva York 1951.

WEILL, Georges, *El periódico*, UTHEA, Méjico 1962.

XIFRA, Jorge, *Prensa y orientación política*, en *La prensa*, Dip. Prov. De Barcelona 1963, pp. 223-234.

Enciclopedia del Periodismo, dirigida por Nicolás GONZÁLEZ RUIZ, ed. Noguer, Barcelona-Madrid, 4ª ed., 1966.

FUNDACIÓN WAE G96000.1

El Periodismo, teoría y práctica, dirigida por N. GONZÁLEZ RUIZ, 3ª ed., Noguer, Barcelona 1960.

B) Para la segunda parte puede verse:

FERRATER MORA, José, ***Diccionario de Filosofía***, 2 vols., ed. Sudamericana, Buenos Aires, 5ª ed., 1965.

GILSON, Etienne, ***El realismo metódico***, 2ª ed., Rialp. Madrid 1952.

GILSON, Etienne, ***Elementos de Filosofía cristiana***, Rialp, Madrid 1969.

JOLIVET, Regis, ***Tratado de Filosofía***, III Metafísica, ed. Carlos Lohle, Buenos Aires 1956.

MARITAIN, Jacques, ***Introducción general a la Filosofía***, Club de los Lectores, Buenos Aires 1965.

MILLÁN PUELLES, Antonio, ***Fundamentos de Filosofía***, 3ª ed., Rialp, Madrid 1962.

THONNARD, F.-J., ***Précis d'histoire de la philosophie***, 5ª ed., Desclée, París 1966.

VERNEAUX, Roger, ***Epistemología general o Crítica del conocimiento***, Herder, Barcelona 1967.

